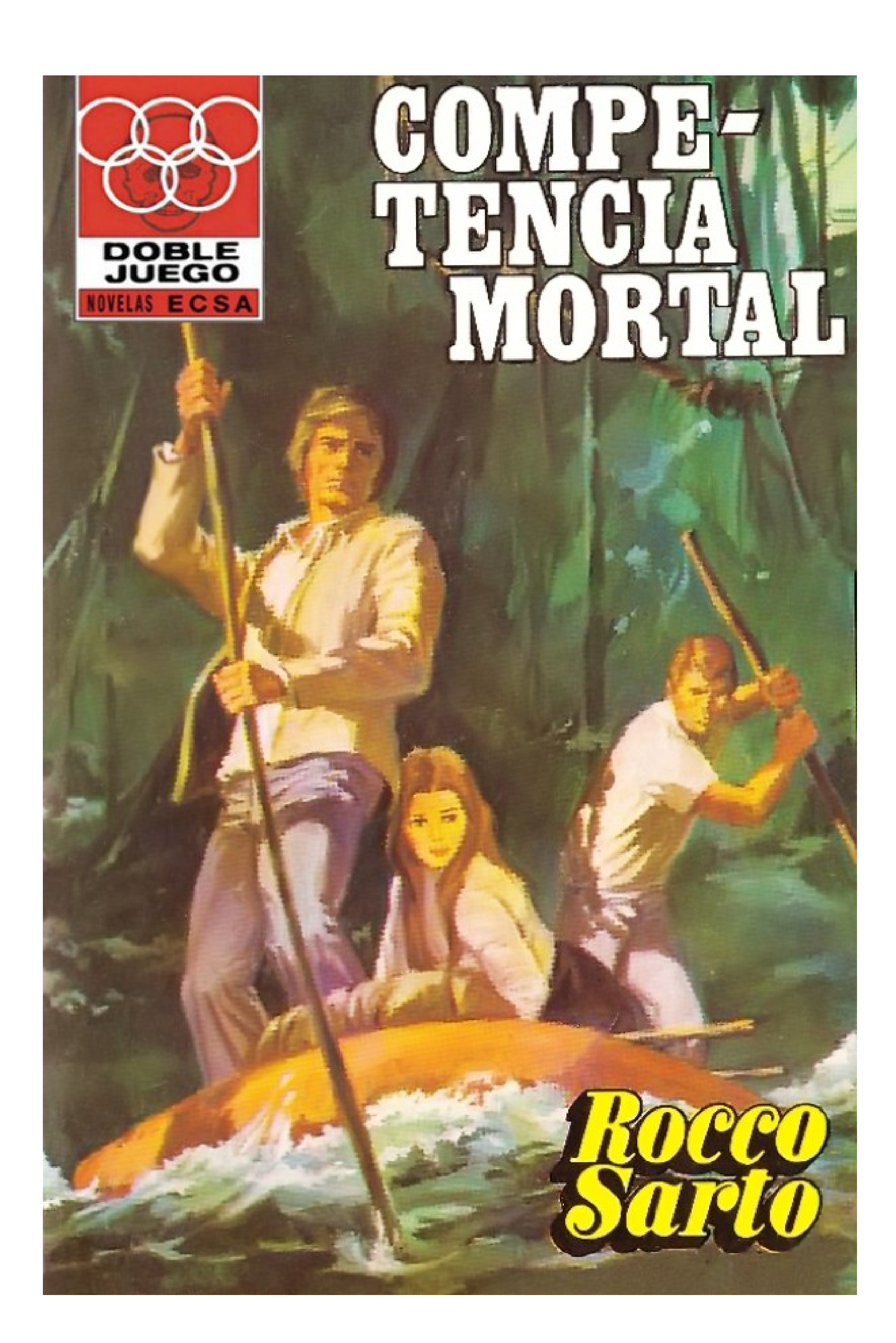
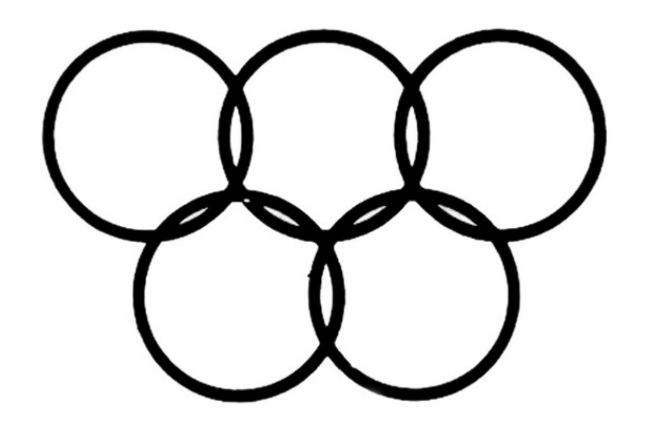

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
COMPE-
TENCIA
MORTAL
Rocco
Sarto



COLECCION
DOBLE JUEGO

ECSA

ROCCO SARTO

COMPETENCIA MORTAL

Colección
DOBLE JUEGO n.º 18
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 19.123-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: julio, 1982
2.ª edición en América: enero, 1983

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8 Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona – 1982

CAPÍTULO PRIMERO

Era una noche serena en la que la ciudad parecía dividida por una barrera invisible pero tan sólida como el material que desde siempre ha diferenciado las zonas altas y pudientes de los barrios bajos.

El largo malecón, opaco bajo la luz de la luna, dormitaba bajo el continuo masaje de las pequeñas olas sometidas por las defensas del puerto. Dos grandes petroleros vacíos flanqueaban la dársena principal y a su lado, como insectos protegidos por los gigantes, más de un centenar de embarcaciones de todo tipo se dejaba impregnar por los mil olores de deshechos, combustible rancio, y pescado hediondo.

El faro que señalaba el acceso al puerto era una vieja construcción de piedra y madera, robustecida con una estructura exterior de acero, que impedía una demolición natural que tendría que haber ocurrido varios años atrás. Ahora el viejo faro parecía un lisiado provisto de mala manera de un artificio ortopédico útil pero lamentable.

Un islote batido por las olas del mar abierto servía de base natural al alto cono pintado de un tono rojo pálido de sal y yodo añejos alternado con franjas de un blanco deslucido y agrisado por mil tormentas.

Una estrecha franja de mar tumultuoso separaba el islote que albergaba el faro del extremo acantilado de la playa de una parte y del extremo mugriento de los muelles y el puerto de la otra.

Desde la callejuela húmeda, por la que apenas podían marchar tres personas hombro con hombro y hasta el linde del muelle, solo había medio centenar de metros y la luz del letrero de neón se repetía en cada trozo de empedrado brillante hasta alcanzar las sucias aguas del puerto y desaparecer fagocitadas por el aceite rancio que flotaba en ellas como escupitajos de motores tísicos.

La callejuela descendía suavemente, envuelta en sombras, abriéndose paso entre cubos de basura y cajones donde moraban

decenas de gatos famélicos y resignados.

Un poco más arriba, casi donde el callejón desembocaba en la avenida del puerto, media docena de prostitutas fumaba en silencio hasta que alguna de ellas lanzaba una risotada estridente nada más que por el placer de quebrar el silencio oprimente de la madrugada.

El letrero indicaba la cantina: La ruina. Tragos y comidas, y en ella se reunía cada noche esa prole variable constituida por marineros desocupados, marineros jubilados, marineros en busca de un contrato, pescadores viejos y jóvenes, comerciantes de los muelles, vagabundos aferrados a sus vasos de ron como náufragos perdidos y verdaderos náufragos que acudían a La ruina porque era todo su universo.

El caso de Joe Miller era diferente y, a la vez, era también un poco la mezcla de todos los que le rodeaban.

Bebió su segundo *whisky* acodado en la barra, siguiendo con forzada atención la pelea de segundo orden que transmitía el viejo televisor en blanco y negro.

—¿Qué, buena pelea Joe? —preguntó amistosamente el cantinero, un tipo delgado y con el cabello como un nido de golondrinas, seco, vaporoso y olvidado.

—Un desastre, Robin.

—¿Por qué la miras con tanta atención, entonces?

Joe sonrió y se relamió los labios detectando en ellos el último sabor del alcohol.

—Conozco al negro.

Robin enrolló la servilleta que sostenía en su mano alrededor de su cuello de gato viejo y comenzó a liar un cigarrillo mientras seguía los movimientos del púgil negro en la pantalla.

—Está amañada —comentó.

—Todas esas peleas están amañadas —asintió Miller.

—Basura, verdadera basura.

—Vamos Robin, no te pongas sentimental.

—En mis tiempos...

—Sí, lo sé. En tus tiempos —rio Miller.

—¿Otra copa?

—Ya he tomado dos. Es mi límite.

—Bien, pero un día es un día.

Sirvió dos tragos y chocó su vaso de cristal rústico y grueso con

el de Miller.

—Por la basura —dijo seriamente—, para que continuemos reconociéndola.

Bebieron con rapidez y Miller encendió un cigarrillo.

—Hora de partir —dijo.

—¿Cómo está Gordon?

—Igual que siempre.

—Ya. ¿Alguna novedad?

—¿De la operación?

—Sí.

—No, nada. El especialista ha dicho que su recuperación será muy lenta, pero Gordon no tiene ánimos y eso lo está matando.

—¿Cuántos años hace ya?

Miller aspiró profundamente de su cigarrillo y cuando lo expulsó los dos boxeadores desaparecieron momentáneamente ocultos por la bruma azul.

—Cuatro, tal vez cinco —dijo entonces.

—Es mucho tiempo, Miller.

—Demasiado.

Los labios del cantinero se apretaron sobre sus dientes grandes y blancos.

—Iré a verlo un día de estos.

—Cuando lo desees —replicó Miller alejándose hacia la puerta de la cantina.

Era un comentario que se repetía a lo largo de los últimos cuatro años y en todo aquel tiempo Robín jamás había cumplido su promesa. Todos sabían que no lo haría, pero era un medio de incorporar a Gordon Benny a la vida.

Joe saludó a algunos parroquianos y abrió la puerta. La mujer chocó contra él y lo hizo trastabillar hacia atrás. Chocó contra una mesa y consiguió detener su caída antes de arrastrar las botellas de cerveza acumuladas sobre ella.

—¿Qué diablos...? —exclamó.

La mujer tenía el rostro demudado.

Detrás de ella un tipo le sostenía el brazo a la espalda, torcido en una llave de jiu-jitsu. La empujó hacia la barra sin soltarla, mirando a su alrededor con un brillo homicida en sus pálidos ojos. Era muy alto y musculoso, vestía con un chaquetón marinero azul y

llevaba una especie de cinta sujetando sus cabellos rubios.

Otro hombre entró tras la pareja y cerró la puerta de la cantina. Era mayor que el rubio de la cinta, tal vez cuarenta años, pero exhibía un torso de toro de lidia y caminaba con seguridad, pisando fuerte, como los matones del Oeste.

Joe observó a la muchacha. La conocía. Era una prostituta muy joven, bonita y a pesar del dolor que le producía la torsión de su brazo parecía más curiosa que amedrentada.

Miller descubrió en Robín una mirada temerosa.

El rubio apretó a la muchacha contra su cuerpo y, sin dejar de sonreír, golpeó con su mano libre sobre la barra haciendo trastabillar las botellas y copas de los parroquianos.

El silencio era total.

—¿Recuerdas mi nombre, papaíto? —preguntó el rubio.

Robín no respondió.

—¿Qué te parece, amigo? —dijo dirigiéndose al miura—. No se acuerda de nosotros.

—Tal vez la pequeña lo ayude a hacer memoria —rio el otro y mostró una hilera de dientes desparejos y sucios.

—¿Qué queréis? —preguntó Robín.

—¿Cómo me llamo, papaíto? —se burló el rubio.

—Rocksy.

—Eso está mejor, papaíto. ¿Y mi amigo? ¿Cuál es el nombre de mi amigo?

Robin echó una mirada al miura.

—Ronald.

Rocksy lanzó una carcajada brutal y se dobló en dos, conmovido por sus propias contorsiones.

Miller dio un paso hacia la barra.

El rubio detuvo la risa de golpe y presionó con fuerza el brazo de la muchacha que lanzó un aullido de dolor.

Estaba doblada sobre la barra, con el rostro descompuesto y lágrimas en los ojos. Se mordía los labios para no gemir y respiraba con ansiedad.

La pequeña falta verde estaba desgarrada y exhibía unas bragas diminutas y sedosas cubriendo sus nalgas duras y prietas.

Miller dio un par de pasos más y se acomodó en la barra a un par de metros de los dos tipos.

Ronald se escarbaba los dientes con el extremo de la hoja de su navaja y miraba con desdén a todos los parroquianos.

—La ramera dice que tú las proteges, papaíto. ¿Es eso cierto?

—¿Por qué no la dejáis en paz y hablamos? —preguntó Robin cogiendo una botella y un par de vasos.

Depositó los vasos delante de los tipos y sirvió el licor.

—Dale las gracias a papaíto —vociferó el rubio propinando una feroz palmada en las nalgas de la muchacha.

Robin pareció a punto de saltar hacia él pero Ronald lo cogió por el cuello y pasó la hoja de la navaja delante de sus ojos.

—¿Tienes nuestro dinero o quieres que rajemos a la pequeña? —preguntó Rocksy—. ¿Te habías creído que estábamos jugando cuando te propusimos el trato la semana pasada? No, no señor. Tienes mucho que aprender todavía, papaíto.

Un murmullo recorrió la cantina.

Ronald soltó a Robin y se volvió hacia las mesas.

—¿Qué, alguno tiene algo que decir? —escupió desafiante.

Miller se movió ligeramente hacia él, introdujo una mano en el bolsillo y buscó una moneda de medio dólar.

Ronald hacía saltar la navaja de una mano a la otra y reía con satisfacción.

—Así me gusta, todos ocupados en lo que verdaderamente os interesa, la botella... —rio Rocksy, y volvió a golpear las nalgas de la muchacha con brutalidad.

Miller dejó caer la moneda al suelo y Ronald, el miura, dejó de mirar a los parroquianos, distraído instintivamente por el sonido metálico contra el suelo.

Miller no perdió un solo segundo. Dio un paso alejándose de la barra y lanzó un puntapié al estómago del gigantón. Mientras el tipo se doblaba cogió el brazo armado, lo estiró hasta apoyar la mano que sostenía la navaja en el borde de la barra y con el canto de la mano derecha le partió la muñeca.

Ronald rugió de dolor y sus ojos se llenaron de lágrimas. Miller no pareció conmoverse porque cogiéndolo por las orejas le estrelló el cráneo una y otra vez contra la barra.

Cuando lo soltó sangrante y desmayado, el miura abatido en la lidia cayó cuan largo era sobre el piso mugriento de la cantina.

—Bien, pequeño, ahora somos tú y yo —dijo con serenidad al

rubio.

Todo había sucedido con tanta rapidez que Rocksy, estupefacto, apenas si se había percatado de la paliza propinada a su compañero.

La muchacha aprovechó aquel momento de desconcierto para zafarse de la garra que la sujetaba y alejarse del psicópata dando tumbos. Un par de marineros la cogieron entre sus brazos y la sentaron a una de las mesas.

El rubio se apartó de la barra y con un movimiento velocísimo extrajo un corto puñal de marino.

—Voy a romperte los huesos, bravucón —dijo Miller—. No me gustan los loquitos como tú y menos cuando son sucios y golpean a las mujeres. No, señor, no me gustan.

No parecía hablar más que para sí mismo y todos los presentes comprendieron que aquel hombre solitario y silencioso que vivía cuidando a su amigo lisiado, aquel tipo ensimismado y serio, delgado y musculoso, iba a cumplir con lo que prometía al rubio del puñal.

Se apartaron respondiendo a una muda señal, dejando el campo libre a los dos contendientes.

—Voy a rajarte en dos —farfulló el rubio.

Su rostro sonriente no se había alterado. Tenía la boca abierta y un hilo de saliva se descolgaba de las comisuras. Respiraba con agitación y sus ojos brillaban salvajemente.

Se inclinó hacia adelante con los brazos extendidos paralelos, en la pose característica del luchador de cuchillo que sabe lo que se hace.

Joe Miller medía un metro ochenta y su cuerpo duro y fibroso se tensó debajo del mono de trabajo aunque nadie se percibió de ningún movimiento en sus músculos. Solamente su rostro anguloso y aceitunado, de fuertes y pronunciados pómulos aindiados se endureció visiblemente. Los ojos oscuros perdieron toda humanidad y el poblado bigote negro como la melena enrulada que coronaba su cabeza le confirió un aspecto terrible.

El rubio dio un paso y lanzó la primera cuchillada.

La muchacha lanzó un grito de terror porque Miller no se apartó de la hoja hasta el último instante y cuando lo hizo fue para dar un salto y lanzar una patada al rostro del rubio.

El pie golpeó con fuerza justo sobre el labio superior del

cuchillero, debajo del ángulo del tabique nasal. Fue un choque seco y veloz. El rubio fue despedido hacia atrás hasta dar con su espalda contra la pared posterior del local.

Tenía los labios rotos y la nariz destrozada. La sangre cubría la camisa blanca y continuaba derramándose a borbotones.

Pero era un tío fuerte y estaba loco.

Se irguió apoyándose contra la pared, sosteniendo el cuchillo de hoja ancha ante la cara hecha jirones.

—Maldito hijo de perra… —farfulló y dio un paso hacia Joe.

—Dije que voy a romperte los huesos y voy a hacerlo, valentón.

Rocksy lanzó un aullido gutural y se abalanzó sobre Miller. La cuchillada hendió el aire de izquierda a derecha y a la altura del cuello. El filo de la navaja susurró su cántico de muerte y un hilillo de sangre se dibujó en la garganta de Miller.

La muchacha lanzó un grito de horror y Robín cogió una botella por el gollete dispuesto a saltar la barra.

La herida, sin embargo, era solo superficial. Miller ni siquiera se llevó las manos al cuello. Rocksy saltó hacia atrás y lanzó una carcajada asesina.

—Ven, prueba otra vez, carnicero… —lo desafió Miller con un tono de voz sereno y sarcástico.

Rocksy volvió a embestirle y esta vez Miller decidió que ya era suficiente. El cuchillo pasó a escasos centímetros de su pecho y antes de que el rubio se echara hacia atrás el puño derecho de Miller se soltó como un ariete con los nudillos del índice y el mayor ligeramente proyectados hacia adelante y golpeó en la clavícula derecha para repetir el golpe una fracción de segundo más tarde con el otro puño en la clavícula izquierda.

Los brazos del rubio quedaron suspendidos de los hombros, rotos, como si fuesen de paño y serrín. Los dedos de la mano derecha, agarrotados, todavía sostenían el cuchillo.

El grito de Rocksy quedó detenido en su garganta, superado por el dolor. Miller avanzó entonces lentamente hacia él, le quitó el puñal y apoyando la mano derecha del rubio sobre la barra le dio un brutal golpe de martillo. El sonido de los huesos le revolvió el estómago, pero estaba decidido a que aquellos dos malditos hampones de dos al cuarto no repitieran sus correrías durante mucho tiempo.

Esta vez Rocksy se desmayó.

—¿Estás bien? —preguntó Robin.

—Sí, muy bien. Ha sido una buena pelea.

—Pudo haberte degollado —dijo Robin.

—En efecto, pudo haberlo hecho.

—Déjame echar un vistazo a ese corte —dijo el cantinero, sirviendo un trago al muchacho.

—No, gracias —dijo Miller—, ya he bebido suficiente por hoy. Me marcho. He de llevarle los periódicos deportivos a Gordon. Debe estar furioso.

Una mano suave y delicada se posó en su brazo desnudo.

Se dio la vuelta y encontró el rostro agradable de la prostituta.

—Será solo un instante —dijo ella y con un pañuelo húmedo limpió la herida de su cuello.

—¿Cómo te llamas? —preguntó él.

—Felicia.

—¿Mexicana?

—Mitad mexicana, mitad desconocida.

—Pues tienes dos hermosas mitades muy bien dispuestas —rio Miller acariciando delicadamente las mejillas de la muchacha.

—¿Quieres venir conmigo?

—No, lo siento.

—Ya —dijo ella, bajando la mirada.

—No, no estoy rechazándote, pequeña. Eres hermosa y amable, pero tengo algo que hacer. No me gusta que bajes tu mirada, no lo hiciste con el rubio.

—Él me daba asco, tú eres un hombre.

—Es el mejor cumplido que he recibido en mucho tiempo, gracias.

La muchacha se irguió en la punta de sus pies y besó los labios secos del hombre.

—Estaré aquí si me necesitas.

—No lo olvidaré.

Dio media vuelta, guiñó un ojo a Robín y salió de la cantina.

Era una noche hermosa y solitaria. Descendió hasta el mar por la callejuela y torció a la derecha en busca del malecón. Cien metros más adelante volvió a torcer introduciéndose en un muelle viejo y desvencijado que conducía casi hasta la salida del puerto.

La barca se movía suavemente y el poderoso motor diésel se puso en funcionamiento apenas él tiró del contacto.

Retiró el cabo de sujeción y giró el timón para poner proa al mar abierto.

Una vez que hubo superado las rocas y hormigón que defendían el pequeño puerto del embate del océano, giró nuevamente para enfrentarse a la marejada. Cinco minutos después se alejaba de las luces del malecón a media velocidad.

Fijó el timón, llenó un cubo con agua de mar y lo arrojó sobre su cabeza. La sal le escoció la herida del cuello pero un minuto después se sintió mucho mejor.

Regresó junto al timón y puso proa al faro.

La luz poderosa y pálida surcaba consecuentemente la superficie rizada del mar como una lengua ávida sobre un helado interminable.

Buscó el pequeño muelle de hormigón armado en la base del faro y enfiló hacia él.

Una lancha deportiva, muy marinera, estaba amarrada en uno de los dos únicos sitios disponibles.

Se sorprendió al verla. No eran frecuentes las visitas al faro. De hecho no se había producido ninguna en los últimos años.

Apagó el motor, cogió el cabo y saltó al muelle.

Un momento después corría hacia la puerta del faro.

CAPÍTULO II

Escuchó las voces que le llegaban distantes por el hueco de la escalera de caracol. Le pareció oír el tono sereno y seguro de Gordon por encima de las palabras y apuró el paso.

Sujetó los periódicos deportivos debajo del brazo y trepó la escalera subiendo de dos en dos los peldaños de madera, gastados por infinidad de suelas de infinitas temporadas idénticas.

Llegó a la primera habitación, la cocina comedor y continuó subiendo. Sabía que, como siempre, Gordon se hallaría en su atalaya, junto al receptor emisor y el sistema de luces del faro.

El siguiente descanso correspondía a su cuarto y el siguiente al cuarto de Gordon que era también biblioteca, sala de TV y antro de juegos solitarios.

Cuando asomó la cabeza por la puerta trampa del reducto de su amigo comprobó que estaba acompañado por dos hombres.

Las voces se interrumpieron.

—Bienvenido a la casa de la luz —gritó Gordon con efusividad.

Era de la misma edad que él, treinta y cuatro años.

Tenía un cuerpo musculoso y dorado por el sol del mar. Un rostro aniñado y lampiño bajo una cabellera lacia, castaña y fuerte. En sus ojos claros destellaba una eterna chispa burlona. Una manta cubría sus piernas que lentamente recuperaban su antigua fortaleza.

—Veo que te sientes muy extrovertido esta noche, rufián —sonrió Miller.

Los dos hombres se pusieron de pie.

—Estos señores son Irving Delaney y Mark Brunell. Señores, este caballero con el cuello sangrante es su objetivo: Joe Miller, el todopoderoso.

Miller observó a los hombres antes de adelantarse y tenderles la mano.

Irving Delaney era alto y fuerte. Debía rondar los cincuenta años y conservaba un excelente aspecto físico. El cabello bien recortado, hirsuto y entrecano, enmarcaba un rostro duro y sincero.

—Es un placer conocerlo por fin, señor Miller —dijo Irving Delaney y el apretón fue seco y fuerte.

Mark Brunell parecía un lord inglés a mitad de camino entre la decadencia y el éxito, lo que le confería una agradable apariencia de gnomo humorístico y astuto. Ya había cumplido hacía tiempo los sesenta años y lucía un cráneo brillante y calvo flanqueado por sendas alfombrillas de pelusa cana alrededor de sus grandes orejas sonrosadas.

—Es un hombre difícil de hallar, Miller —dijo con una sonrisa afable pero distante.

Su apretón de manos resultó menos duro que el de su compañero pero considerando sus dedos frágiles y delicados, Joe Miller pasó por alto el detalle.

—Les he dicho que eres un cabezota con buenos nervios y buen corazón, pero con un temperamento más variable que el de una ramera persa. ¿Crees que he sido indiscreto? —bromeó Gordon.

—En absoluto, es una correcta biografía del único mortal capaz de soportar tu lengua de rey del cotilleo.

—¿Qué les dije? —rio Gordon—. ¿No es un encanto el personaje?

Los dos hombres sonreían divertidos.

—Señor Miller —comenzó Delaney—, hace seis meses que estamos buscándole. Debo confesarle que cuando decidimos seguirle las huellas ya hablamos revisado los antecedentes de unos quinientos candidatos.

—Estupendo —dijo Miller, que no comprendía en absoluto de qué le hablaba.

—No entiende una palabra, Irving —lo atajó Brunell—. Creo que será mejor comenzar por el principio.

—Sí, lo siento. Representamos a la federación de rafting y…

—¿Rafting? —lo interrumpió Miller.

—Sí, se trata de un deporte que ha cobrado mucha popularidad en los últimos tiempos aunque todavía se ve restringido a un grupo de aficionados… especiales. Se trata de navegar en una balsa cuyas características pueden variar según la modalidad de la aventura por ríos, lagos, mares… digamos… peligrosos.

—Ya.

—Finalmente dimos con esta dirección hace un mes y escribimos

una carta al señor Benny.

Gordon hizo una reverencia con su cabeza sin alterar en absoluto el buen humor de su rostro.

—¿Una carta?

—Eso es, amigo —dijo Gordon—. Una carta que leí y contesté oportunamente a tus espaldas.

—¿Te has vuelto loco? —preguntó Miller.

—Hace tiempo que estoy tocado de la mollera, pero tú pareces interesado en seguir mí mismo camino y no estoy dispuesto a tolerarlo. ¿Me explico, camarada?

Ahora el tono de Gordon Benny era absolutamente serio.

—No, no entiendo una palabra de qué diablos están hablando.

—Yo sé lo explicaré, amigo —intervino Mark Brunell poniéndose de pie.

—Oh, no, no, señor, yo lo haré. Ha llegado mi turno. Discúlpeme, señor Brunell, pero tengo la intención de persuadir a este payaso de que debe aceptar su propuesta, de modo que voy a relatar una historia muy conveniente para esta situación. Joe, sé que ya debes haber bebido tus dos copas de costumbre pero es una excelente ocasión para evadir la norma. ¿Quieres traer una botella y algunas copas, por favor?

—¡Qué solemnidad! —exclamó Miller como un maestro de ceremonias de Hollywood, bromeando y sonriendo. Sin embargo, en su fuero interno percibía que algo no encajaba en aquel ambiente y que comenzaba a ponerse nervioso.

Fue en busca de la botella y entregó una copa a cada uno de los presentes. Sirvió una buena porción de *whisky* y tomó asiento junto a la gran ventana circular del faro.

—¿Nada más, compañero? ¿Ni música de cámara ni chirridos de cadenas? —le espetó a Gordon.

—Voy a hablar seriamente, Joe, ya lo comprenderás con tu esclerótico cerebelo de caballero andante.

Delaney y Brunell cruzaron una mirada.

—Bien, adelante entonces. Hace tiempo que no participo de una sesión de psicodrama —bromeó Miller.

—Todo comenzó hace varios años —dijo Gordon—, en Vietnam.

Ahora sí Miller supo qué era lo que no encajaba. Benny no había pronunciado la palabra Vietnam desde que saliera del hospital.

Sintió que su pulso se alteraba pero en su rostro no expresó ninguna señal. Se limitó a beber de su copa.

El sabor del *whisky* le pareció amargo y caliente, como un mal recuerdo de juventud.

—Gordon… —advirtió Miller.

—Chico, hay algunas cosas que he estado pensando durante todos estos años. Cosas que no he podido discutir contigo porque eres un testarudo de campeonato. Ahora ha llegado la oportunidad de hacerlo y no voy a darte tregua. El primer acto tuvo lugar en un área próxima al delta del río Mekong. Miller y yo habíamos patrullado nuestra franja de selva y río durante tres años hasta que nos trasladaron al servicio de transportes. Según el alto mando, para dos veteranos como nosotros aquel traslado sería semejante a una merecida temporada de vacaciones.

Gordon dedicó una sonrisa burlona a su amigo y Miller movió la cabeza a derecha e izquierda como si fuese el modo de exorcizar el recuerdo con el que comenzaba toda la tragedia.

—Lo recuerdo muy bien —dijo y tragó de un sorbo el resto del *whisky* antes de volver a llenar su copa.

—Nuestra misión consistía en llevar pertrechos hasta una aldea ocupada desde la que se abastecería a las patrullas asignadas a la tierra de nadie. Teníamos a nuestro cargo un barco y debíamos ir y venir dos veces a la semana. La patrulla estaba compuesta por dos soldados, Miller que era el experto marino fluvial y yo, encargado de las comunicaciones. Las tres primeras semanas transcurrieron sin novedad. Nos limitábamos a cargar y llevar los bultos hasta la aldea de Hun-lo. Eso era todo. En las siguientes semanas comenzamos a tener escaramuzas con patrullas que suponíamos pertenecían al vietcong y que nos disparaban desde las orillas con fuego de ametralladoras. No comprendíamos por qué razón no utilizaban lanzagranadas y nos enviaban al infierno.

—Por fin comprendimos que querían coger el barco y su carga. Resistimos también varios abordajes. Sí, señor —acotó Miller.

—Tres meses más tarde nos habíamos convertido en una especie de leyenda fluvial y nuestra embarcación, rebautizada con el nombre de La inmortal, debía ser continuamente reparada. Las cargas, sin embargo, llegaban puntualmente a destino.

Brunell se sirvió otra copa y alargó la botella a Delaney que hizo

lo propio.

—La estadística, no obstante, jugaba en contra nuestra —ironizó Gordon—. La suerte no podía continuar de nuestro lado indefinidamente. Todavía ignorábamos el verdadero motivo de aquella suerte fabulosa.

—¿Qué transportaban realmente? —inquirió Brunell.

—Alimentos, vitaminas, municiones ligeras y unas pocas armas. Fundamentalmente víveres.

—¿Nada más? —insistió Brunell.

Miller apuntó con su dedo al hombrecillo de cráneo calvo y disparó un proyectil imaginario chasqueando la lengua.

—No te apresures, Mark —sugirió Delaney.

—Un día el cargamento varió fundamentalmente —dijo Gordon.

Brunell sonrió por lo bajo.

—En efecto —intervino Miller—, usted lo ha adivinado: drogas. Era un cargamento de apoyo sanitario, equipo, plasma, suero y antibióticos. Lo normal. O, al menos, fue lo que nosotros creímos. Pero no era así, como lo comprobaríamos cuando el viaje por el Mekong había alcanzado la mitad de su itinerario.

—Yo contaré la iniciación del segundo acto —dijo Gordon—. Fue al atardecer del segundo día de navegación, a unos cincuenta kilómetros de Hun-lo, en una zona de bajíos en las que podían observarse las estructuras semisumergidas de dos aviones de combate abatidos por la artillería enemiga. El calor era sofocante y comenzó a lloviznar. Los dos soldados de custodia realizaban su primer viaje y parecían muy nerviosos. ¿Recuerdas la escenografía, Joe?

—Perfectamente, la tengo pegada a los párpados, del lado de adentro.

Miller volvió a llenar su copa.

—Nos hallábamos en el centro de aquel bajío, alerta, moviéndonos muy lentamente para evitar encallar o reventar el casco contra alguno de los restos sumergidos cuando comenzó el tiroteo. Yo me lancé sobre la cubierta y activé la ametralladora de pie. Miller, en la cabina blindada, procuraba dar toda la marcha posible al motor sin hacernos pedazos. Entonces fue cuando los dos soldados de custodia dispararon contra mí. Confieso que estuvieron a punto de abrirme en dos porque me sentí tan estupefacto que

apenas si atiné a moverme. En ese momento el casco del barco rozó brutalmente en un banco de arena y los dos soldados trastabillaron. Uno de ellos cayó al río y el otro consiguió asirse a la borda. Yo cal hacia atrás y me golpeé el hombro. Miller advirtió lo que estaba sucediendo cuando el soldado había conseguido situarme en la mira de su fusil.

—Hice dos disparos dándole en el cuello y cayó al río —dijo Miller sombríamente.

—Yo me arrastré hasta la radio y procuré comunicarme con la base de Hun-lo, pero no fue posible. Habían destrozado el aparato. Estábamos en una situación difícil, de modo que regresé a mi puesto detrás de la ametralladora y me dediqué a rastrillar con plomo ambas orillas mientras Joe imprimía toda su potencia a las máquinas para zafar el barco del bajío y lanzarlo como una pizpireta por entre los restos de los aviones.

—Tuvimos suerte —dijo Miller.

—Tú eres un intuitivo para la navegación, esa fue nuestra suerte.

—No fue suficiente —agregó Miller con el mismo tono sombrío.

—Estamos aquí, ¿no es verdad?

Joe miró a su compañero con una gran ternura.

—Sí, aquí estamos.

—Bien, el resto es algo confuso. Descubrimos un poco tarde que habían tendido un puente colgante sobre un estrechamiento del cauce del río. Uno de esos puentes vegetales sujetos a las copas de los árboles. Varios sujetos cayeron sobre nosotros y yo conseguí abatir a tres de ellos antes de que se abalanzaran sobre mí. Miller liquidó a dos más y vino en mi ayuda. Le dieron un machetazo en el hombro y cayó a mi lado. Un vietnamita alzó su bayoneta y yo lo eliminé con mi pistola. Entonces la embarcación chocó con algo y los tres tipos que quedaban con vida rodaron sobre la cubierta hacia nosotros. Fue un momento demencial. Sangre, dolor, lluvia y lodo, todo mezclado en un *cocktail* homicida. Joe acabó con uno y yo con el otro. El tercero cayó sobre Miller. Para entonces la lucha era con cuchillos y parecíamos demonios ensangrentados, obnubilados, fétidos...

—Y tú me salvaste la vida —dijo serenamente Miller.

—No fue así. El tipo llevaba la peor parte y Joe estaba a punto

de liquidarlo cuando advirtió que no era un vietnamita, sino un occidental. Tenía el rostro cubierto de tintura y el cabello oculto por un pañuelo mugriento. Fue una aparición imprevista y Joe quedó con el cuchillo detenido a medio camino. El tipejo saltó hacia atrás y cogió un fusil cuando yo llegaba a ayudar a Joe. Resbalé y caí en el momento en que el tipo apretaba el gatillo. La ráfaga me cogió por la espalda.

Un silencio pesado y caliente invadió el faro.

—¿Qué ocurrió luego? —insistió Delaney.

—Miller le atravesó el cuello con su puñal. Siempre fue un excelente lanzador de cuchillos.

La risa de Gordon sonó artificial y forzada.

—Tú te interpusiste entre el fusil y yo deliberadamente.

—Eres un verdadero idiota. Resbalé en el peor momento. Te he dicho cientos de veces que en aquel instante no podía pensar con mucha claridad. Resbalé en la sangre, en el lodo, en la lluvia, ¡qué sé yo dónde! y todo se precipitó.

Miller se puso nerviosamente en pie y volvió a llenar su copa.

—Sírveme otro trago, ¿quieres? —pidió Gordon.

—Lograron escapar de allí —dijo Brunell— y eso es lo que cuenta.

—Miller controló mi hemorragia y en el bote de goma para casos de emergencia, en medio de un tiroteo continuo, de noche, y con un brazo acuchillado por el machetazo, consiguió llevarme a Hun-lo. Un día después fuimos trasladados en helicóptero al hospital militar y tres meses más tarde nos devolvieron a casa. Estuve uno en el hospital para veteranos de guerra, en California. Miller me acompañó durante todo ese tiempo, convencido de que él había sido el blanco de aquellos disparos que alcanzaron mi espina dorsal. Es un imbécil pero también un verdadero amigo, ¿verdad, quijote?

—No me siento culpable, simplemente soy un masoquista y me gusta tu compañía.

—¿No es encantador? —bromeó Gordon.

—Ignorábamos los detalles del… accidente —comenzó a decir Delaney—, pero conocíamos el resto de la historia. Estuvimos investigando un poco y reunimos la suficiente información. En todos los sitios donde hallábamos a alguien que conociera a Joe

Miller hablaba de él como de una leyenda.

—Bravo —dijo Miller sin ninguna simpatía.

—Además descubrimos que durante años había sido, antes de la guerra, un verdadero aventurero. Marinero de ballenera, experto en supervivencia, entusiasta practicante de las artes marciales, excelente navegante y… sobre todo, un reconocido piragüista solitario, ajeno a las competencias oficiales. ¿Me equivoco?

—Miller es mucho más que eso, señores —dijo Gordon—, ¿y saben por qué? Porque es un cabezota.

—Hay un detalle que no viene al caso pero que me gustaría conocer —dijo Delaney.

—¿Qué detalle? —inquirió Miller.

—El del soldado occidental que estaba con el grupo de atacantes y además la traición de los dos hombres que iban con ustedes.

—Sí, se echó mucha tierra sobre el asunto. Lo cierto es que en aquel barco llevábamos un cargamento de drogas que luego serían distribuidas generosamente en el frente a cambio de jugosos dólares. La banda tenía ramificaciones en los dos ejércitos. Resultaba una operación muy lucrativa.

—Comprendo —dijo Delaney.

—Miller tenía ganas de hacer estallar el Pentágono —sonrió Gordon con fiereza—, pero logré convencerlo para que no lo hiciera. Me figuro que podría haberlo conseguido nada más que dando cabezazos a los muros blindados.

—¿Cuál es la propuesta? —preguntó Miller.

—Desean que tú desciendas por el Amazonas en una balsa especialmente diseñada. La oferta es muy interesante. Les he dicho que estarías encantado con ella.

—Estás loco.

—¿Por qué? ¿Por mí? Yo puedo arreglarme perfectamente solo y en todo caso contrataré a una de esas deliciosas muchachitas del puerto para que me eche una mano. Estoy harto de tus malditas comidas.

—He dicho que no.

—Señor Miller —intervino Delaney—, no se trata solamente de una empresa publicitaria para divulgar las ventajas de la balsa en cuestión, y tampoco solamente de popularizar un deporte que hasta ahora ha estado en manos de muy pocos aficionados. Hay algo más,

algo que hace que esta travesía sea muy peligrosa.

—No se gaste en explicaciones, no voy a ir, señor Delaney.

—Escucha lo que tiene que decir, so mulo —intervino Gordon.

—Estamos en condiciones de pagarle cien mil dólares por la travesía y otros cincuenta mil dólares a la persona que usted elija para que le acompañe, además, naturalmente, de todo el equipo que sea necesario.

—¿Por qué?

—Porque nuestra competencia está a punto de conseguir implantar su producto, una balsa peligrosa y de mala calidad, en el mercado. Y no deseamos que ello ocurra. Será peligrosa para los aficionados y para el deporte en sí.

Miller lanzó una carcajada.

—¿Es ese el único motivo? —rio—. La libre competencia es un juego inventado por ustedes, los hombres de negocio, y les ha servido para organizar esta enferma sociedad en la que vivimos. Creo que sus escrúpulos por la incidencia en el deporte de una balsa de mala calidad son exagerados.

—Tal vez, pero son reales. Queremos publicitar nuestra balsa y de un modo definitivo.

—Cualquier aficionado aceptaría su propuesta sin ponerle ninguna pega, señor Brunell —dijo Miller—. ¿Por qué yo?

—Porque tratarán de sabotear la empresa y usted ha dado muestras de saber defenderse.

—Es absurdo —dijo Miller.

—Es una buena oportunidad para ganar dinero con una aventura fabulosa —dijo Gordon con entusiasmo—. ¿Qué diablos te importan los motivos?

—Si te esforzaras por andar tal vez podamos aceptar el encargo en un par de años —dijo Miller con fastidio.

—Escucha, camarada, soy médico ¿recuerdas? Nunca he podido ejercer pero lo soy y sé cuál es mi situación.

—Solo necesitas un poco de voluntad —dijo Miller con firmeza.

—No voy a discutirlo nuevamente contigo. Te irás de aquí con estos señores y cuando cobres los cien mil dólares me invitarás a cenar en el mejor restaurante de Hollywood y me comprarás una silla de ruedas con motor turbo, ¿de acuerdo?

Miller estaba a punto de replicar cuando su rostro se alteró

visiblemente. El fastidio desapareció como por arte de magia y en su lugar se dibujó una expresión ladina.

—Acepto con una condición, señores —dijo por fin.

—Así me gusta —rugió Gordon.

—¿Cuál es esa condición? —inquirió Delaney.

Miller sirvió nuevamente las copas antes de hablar. Le encantaba crear un poco de suspense a su cuenta y cargo.

—Han dicho que necesitan dos hombres, ¿verdad?

—En efecto.

—Bien. Iré si el segundo hombre es Gordon Benny.

Palmeó a Gordon y rio triunfalmente.

—¡Cristo, se ha vuelto loco! —exclamó Gordon.

—Verá, señor Miller… —comenzó Brunell.

—Es mi última palabra —dijo Miller.

—No puedes estar hablando en serio —le espetó Gordon, furioso.

—De ninguna manera voy a alterar mi propuesta y tú sabes que soy un cabezota.

—Pero…

—Un momento, señores —dijo Delaney poniéndose de pie.

—Eres un maldito tramposo —rugió Gordon—, quieres zafarte como un duque diplomático, pero te diré algo, quijote…

—Señores —repitió Delaney—, me parece una propuesta excelente y muy razonable.

Todos enmudecieron como por arte de magia. Las discusiones cesaron cortadas de raíz por las palabras de Delaney.

—Sí, señor —insistió Delaney—, me parece una excelente idea.

CAPÍTULO III

—Consideremos el problema desde una perspectiva publicitaria —dijo Delaney—. Dos veteranos de Vietnam descienden por un tramo inhóspito y peligroso del Amazonas. Uno de ellos está lisiado como consecuencia de una herida de guerra y... se repite la historia de antes, solo que en este caso sus posibilidades serán técnicamente óptimas.

—Por fin llegamos al quid de la cuestión —dijo Miller con tono burlón—: la publicidad.

—La publicidad solo será difundida cuando hayan regresado del viaje, no antes. Solo los gobiernos de los países donde se desarrollará la aventura conocerán la operación.

—Y eso ¿por qué? —preguntó Gordon.

—No deseamos favorecer a nuestros competidores facilitándoles el itinerario y las características del plan deportivo —intervino entonces Brunell.

—Sigo pensando que es absurdo —dijo Miller—, completamente absurdo. Ciento cincuenta mil dólares y equipos carísimos solo para adelantarse a una compañía competidora en la construcción y difusión de las ventajas de una barca de goma, de una balsa de gran resistencia.

—Le diré algo, señor Miller —sonó con firmeza la voz de Delaney—. Tenemos un contrato con algunos gobiernos interesados en estas balsas y le aseguro que el monto de dichos compromisos es astronómico.

—Déjalo ya, Joe. ¿Qué diablos te importa cuál es la razón de todo el tinglado? El dinero es abundante y la aventura parece maravillosa. Es más de lo que podrías haber soñado en estos últimos años. Te lo pido como un favor especial, déjate de hacer el ganso y acepta la proposición. ¿De acuerdo?

—Si tú vienes conmigo, entonces acepto. Nos divertiremos mucho, ya lo verás. Y tal vez consiga que muevas el esqueleto aunque no sea más que para escapar de las pirañas. ¿Qué dices?

—Que estás chiflado. ¿Te imaginas cargando conmigo en medio de semejante paisaje? ¿Y qué ocurrirá si esos famosos competidores deciden jugamos una mala pasada?

—No serán peores que aquella banda de asesinos en el Mekong, tenlo por seguro.

—Escucha, Miller...

—No, escúchame tú. No pienso dejarte en este faro porque si no puedo inocularte un poco de sentido común y voluntad para que hagas tus ejercicios cuando regrese te habrás convertido en un idiota o en un alcohólico. Tú vienes conmigo, al fin y al cabo... ¿qué diablos podemos perder? Somos un par de anacoretas sin propósito alguno.

Gordon detuvo su réplica. Miró por la ventana circular del faro y clavó sus ojos en el horizonte oscurecido del océano. Miller tenía razón ¿qué diablos podían perder?

Al menos la propuesta de aquellos dos tipos estrafalarios interrumpiría la monotonía y además... estaba la cuestión del dinero.

Era mucho dinero.

—De acuerdo, iremos los dos —dijo sonriente.

—¡Estupendo! —rugió Delaney.

—¿Cuándo pueden partir? —intervino Brunell.

—En cuanto llame por radio pidiendo un relevo para este maldito faro —replicó Gordon.

—Bien, enviaremos por ustedes dentro de... ¿dos días?

Miller y Gordon intercambiaron una mirada.

—Excelente, dos días —confirmó Miller.

—Una cosa más, señores —dijo Gordon cuando los dos caballeros se pusieron de pie.

—¿Sí, señor Benny?

—He pensado que si mi... particular condición física puede resultar un elemento muy aprovechable para la publicidad de la balsa, entonces no veo cuál es el motivo por el que no pueda cobrar yo también cien mil dólares. Al fin y al cabo soy un experto en comunicaciones y no es necesario andar mucho por la jungla. Seré tan útil como mi todopoderoso y endiosado camarada, Joe Miller, el único.

Miller estuvo a punto de lanzar una carcajada. Gordon volvía a

recuperar el ánimo. Hasta entonces no había pensado jamás en el dinero ni en sus posibilidades. Estaba esclerotizado por su mal.

—¿Qué crees tú, Brunell? —preguntó Delaney.

—Bien, supongo que estamos en condiciones de tomar una decisión acertada. Aceptamos sus condiciones, señor Benny. Serán doscientos mil dólares.

Se estrecharon las manos y Miller los acompañó hasta el pequeño muelle donde habían amarrado su hermosa lancha.

—Una última cuestión, amigos —dijo Miller—, el dinero será abonado por adelantado.

—¿Qué ocurre, no confía en nosotros? —preguntó Brunell con tono divertido.

—Por adelantado, señores. ¿De acuerdo?

Esta vez Delaney respondió inmediatamente con una sonrisa que parecía auténtica en su rostro duro y honesto.

—Por adelantado, Miller.

Joe reparó en que había dejado de ser el «señor Miller», para convertirse en «Miller» a secas.

Sonrió. Ahora advertía que la situación comenzaba a tomar un colorido menos ficticio.

—Irving, Mark... —dijo con deliberada delicadeza —podéis llamarme Joe.

Permaneció unos minutos observándoles mientras se alejaban. Le llamó la atención que no enfilaran hacia el puerto y se alejaran hacia las playas de más allá del acantilado.

Subió lentamente las escaleras y se encontró con Gordon Benny inclinado sobre un viejo baúl de madera reforzado con herrajes oscuros.

Se sirvió un trago y se sentó.

—Joe, por un momento creí que te habías vuelto loco.

—Yo también.

—¿Te das cuenta de lo que esto significa para nosotros? ¿Doscientos mil dólares?

—Creí que no te interesaba el dinero, amigo.

—¡Pues claro que me interesa! Escucha bien, cabeza de yunque, el dinero de mi pensión como mutilado de guerra más el producto de tus artículos deportivos sumados al salario que obtengo como responsable de este faro nos alcanza para vivir con una cierta

holgura dentro de los límites estrechos de la monotonía. ¿Sí o no?

—Pensaba que no te importaba demasiado.

—Y no me importaba.

—¿Ahora sí?

—Por supuesto. Con doscientos mil dólares podremos cambiar de monotonía. Una monotonía más sofisticada, con lindas muchachitas ávidas de solterones de buena presencia y forrados de dólares. Creo que hasta me esforzaré por volver a andar.

—Mientes.

—Voy a darte un puñetazo.

—Mientes, lo haces por mí. Para que yo...

—En absoluto. Lo hago por los dos. Nos estábamos convirtiendo en un par de robots resignados.

—Está bien, es buena pasta.

—Ya lo creo que sí.

—Les he dicho que la queríamos por adelantado.

—Chico, piensas en todo —rio Gordon.

—¿Qué diablos buscas en ese baúl?

—Esto —dijo Gordon, lanzándole un envoltorio.

Joe lo cogió en el aire y lo abrió. Se trataba de dos fundas sobaqueras con sus respectivos revólveres Smith & Wesson modelo «Special» del calibre 38.

—¿Y esto? —preguntó Joe.

—Hermano, no les he creído una sola palabra, pero vale la pena aceptar el riesgo.

En el rostro inteligente y aniñado había una expresión divertida y Joe reconoció en ella al viejo Gordon Benny, el hombre entero, astuto y honesto.

Lanzó una carcajada y estiró los dos brazos con las palmas de las manos hacia arriba.

Gordon las golpeó con fuerza y rio hasta que las lágrimas le saltaron de los ojos.

* * *

Saludaron con las manos en alto al viejo Roderick que se haría cargo del faro hasta que ellos regresaran. El anciano lobo de mar estaba profundamente agradecido por aquella posibilidad de

permutar su silla de jubilado al sol de los muelles por una actividad vinculada a la vida del mar.

La poderosa motora los llevó hasta el puerto de Laguardia y allí Miller saltó a tierra.

Agitó durante unos segundos el talón con la prodigiosa suma de doscientos mil dólares y se dirigió rápidamente al banco. Confirmó que aquel papel azul claro realmente valía lo que decía y lo depositó en la cuenta conjunta que tenía con Gordon. Allí mismo, en el banco, escribió una carta por duplicado en la que solo invirtió unos pocos minutos porque ya la tenía prácticamente memorizada. Dejó una en depósito en el banco y llevó la otra hasta la cantina La ruina.

Las ojeras de Robín parecían gotas de carbón bajo sus ojillos adormilados.

—Hola, muchacho —saludó con alegría—. ¿Cómo no viniste ayer?

—Cambio de planes. Nos vamos de viaje.

—¿Te vas con Gordon?

—Eso es.

—Pues esa sí que es una excelente noticia. ¿Cómo lo has conseguido?

—Te contaré la historia completa cuando regresemos. Escucha, Robin, he venido a que me hagas un favor.

—Lo que sea, muchacho. A propósito, aquellos dos tipejos de la paliza... han desaparecido.

—¿Desaparecido? —repitió Miller que ya se había olvidado del incidente.

—Eso es. Vino la policía y se los llevó. No hicieron preguntas y luego me enteré que alguien pagó la fianza y los soltaron. ¿Qué te parece?

—Extraño, muy extraño.

—Sí, eso mismo pensé yo. Aunque tal vez sean la avanzada de una organización mayor que piensa establecerse por estos barrios.

—Bien, Robin, ya lo veremos.

—¿Cuál es el favor?

—Quiero que conserves esta carta en tu poder. Si dentro de seis meses no tienes noticias mías o de Gordon entonces ve al banco territorial y ábrela en presencia del gerente. ¿De acuerdo?

Los ojillos astutos de Robin revelaron un destello de curiosidad, sin embargo se abstuvo de hacer comentarios.

—De acuerdo, amigo.

—Adiós, Robin.

—Suerte para los dos, mucha suerte. Os la merecéis.

Miller descendió por la callejuela hasta el puerto y se encaminó a la motora.

Unos minutos más tarde salían del puerto y se dirigían hacia el mar abierto.

Sentado en la silla de ruedas, Gordon Benny hacía ejercicios con unos poderosos tensores, gozando del sol de la mañana.

—¿Todo arreglado? —preguntó cuando Miller se sentó a su lado.

—Todo a punto.

—Estupendo —sonrió y palmeó la silla de ruedas.

Se trataba de una silla plegable, capaz de ser transportada y conducida con facilidad. Iba equipada con un pequeño motor de cincuenta centímetros cúbicos para el caso de que Gordon debiera realizar algún recado a distancia. Jamás la había utilizado en el faro, pero ahora tenía una razón muy importante para hacerlo. Dentro del pequeño depósito de gasolina, perfectamente envueltos en bolsas engomadas llevaban los dos Smith & Wesson del 38 «Especial».

El marinero que conducía la motora no podía oírlos y tampoco daba muestras de que le interesara lo que podían estar conversando. Era un tipo de alquiler.

—¿Qué crees? —preguntó Miller.

—Bien, creo que estamos metidos en algo sucio, que implica mucho dinero y que seguramente nos costará la vida.

—¿Algo más?

—Es tu turno.

—No tú ni yo tenemos parientes. Hemos vivido prácticamente aislados y nadie nos extrañará si desaparecemos en algún paisaje exótico.

—Eso mismo he pensado yo.

—Los personajes adinerados, Delaney y Brunell, no nos dieron muchos datos sobre la empresa que representan o la federación de la que son miembros. Contaban con que no haríamos demasiadas preguntas y que olvidaríamos las que se nos ocurrieran en cuanto

tuviéramos el dinero en el bolso.

—Correcto.

—Bien, vamos allá. El futuro del rafting depende de nosotros —bromeó Miller.

* * *

Un yate magnífico los aguardaba mar adentro. Se trataba de una embarcación costosa, muy marinera, y de bandera panameña.

—Todos los detalles encajan —sonrió Miller.

—Cada vez me siento más entusiasmado —agregó Gordon.

Subieron al yate y se encontraron con Delaney vestido como un *play-boy* de la Costa Azul en temporada de caza.

—¡Bienvenidos a bordo! —saludó con aquella franqueza que Miller había detectado en él la primera vez.

Estrecharon la mano del hombre y fueron conducidos al salón del yate.

—Bien, ¿qué os parece? —preguntó Delaney.

Miller sonrió recordando sus palabras sarcásticas al final de su última entrevista, cuando le había dicho que podía llamarle Joe.

—Es un yate estupendo, Irving —replicó—. ¿Se trata de un crucero de placer?

—Eso es, de placer y trabajo hasta que lleguemos a Colombia.

—Bien, me gusta navegar —dijo Gordon.

—Ahora almorzaremos y luego podéis descansar el resto de la tarde.

—Muy amable de tu parte, Irving —dijo Gordon.

—Cenaremos y descansaréis durante toda la noche. Mañana temprano comenzaremos con los entrenamientos. ¿De acuerdo?

—Estupendo.

Recorrieron el yate, almorzaron, gozaron del sol y se zambulleron en la pequeña piscina dispuesta en la cubierta de popa. La tarde transcurrió lentamente.

Irving había desaparecido después del almuerzo y solo volvieron a verlo a la hora de la cena.

La comida fue estupenda, servida por un camarero con librea, como un chófer de verano durante un picnic finisecular.

Delaney se mostró simpático e interesado por algunos aspectos

de la vida de Miller. Fundamentalmente por las anécdotas relacionadas con sus travesías de piragüista solitario.

A las diez de la noche se retiraron a sus camarotes.

—Hasta mañana, hermano —saludó Gordon cuando Miller se metió en su camarote.

—¿No te acuestas?

—Todavía, no, he de hacer mis ejercicios.

—Que sea leve, compañero.

* * *

Después del desayuno Irving los llevó nuevamente hasta el salón y oscureció las ventanas. Dispuso una pantalla y un proyector y comenzó la sesión.

Durante toda la mañana y hasta la hora de comer, poco después del mediodía, estuvieron observando innumerables travesías en balsas de distintos tipos. Grandes balsas inflables de forma ovalada y para dos tripulantes. Balsas todavía más voluminosas para seis ocupantes, equipadas con dos flotadores de emergencia y cuatro remos. Balsas con motor fuera borda y quilla alzada. Y, fundamentalmente, las distintas técnicas de conducción de aquellas barcas magnificas en distintos tipos de ríos.

En especial hubo una película sobre una travesía por el peligroso río chileno Bio-Bio que desemboca en el océano Pacífico tras un recorrido de doscientos ochenta kilómetros.

Los rápidos y las corrientes parecían dispuestos a hacer añicos las balsas y sin embargo, en el último instante, un preciso golpe en el timón o los remos y la embarcación evitaba el choque, el remolino o el incorrecto enfrentamiento de una cascada y conseguía salvar el obstáculo.

—Ahora almorzaremos —dijo Delaney—. Esta tarde realizaremos la primera prueba práctica.

—¿Qué piensas? —preguntó Gordon a Miller cuando estuvieron solos.

—Que sea lo que fuere lo que se proponen lo están planificando con una extraordinaria minuciosidad.

—La curiosidad me está matando —sonrió Gordon.

—Contrólate, no es una buena manera de morir.

CAPÍTULO IV

Era realmente hermosa.

Tenía una gran capacidad y estaba construida sólidamente, de materiales sintéticos, insumergibles, revestidos de corcho compacto y con una cobertura de goma especial. La borda era alta, de unos cuarenta centímetros, y también ancha, de poco más de veinticinco. Llevaba unas anillas estructurales fijadas en los sitios claves y capaces de resistir a la tracción violenta.

Iba provista con dos pares de remos, un timón posterior y un dispositivo, también a popa, en el que podía fijarse un motor fuera borda.

El diámetro era de dos metros y tenía unos cuatro metros de longitud. Su forma era ovalada aunque ligeramente más aguzada a proa y más chata a popa.

Dos carros desplazabas servían para remar cuando la corriente era serena. Cuando la navegación se hacía más difícil entonces se fijaban con firmeza y los navegantes podían amarrarse a ellos con cinturones de seguridad para resistir los embates del torrente. Debajo de la proa alzada había un compartimento suficientemente amplio como para estibar en él un voluminoso equipo. El compartimiento tenía un sistema de cierre hermético que lo hacía impermeable.

La balsa estaba especialmente diseñada para que pudiese montarse una tienda sobre ella y convertirse así en una vivienda flotante, cómoda y amplia. Este sistema era similar al utilizado por los botes de salvamento de la marina, solo que en el caso de la balsa se trataba de una tienda ligera y muy resistente estructuralmente fabricada para resistir hasta dos metros de nieve sobre ella. Podía ser perfectamente empleada en aventuras polares.

Miller la examinó fascinado. Realmente se trataba de un juguete perfecto y único.

—¿Qué, no es magnífica? —preguntó Delaney.

—¡Es perfecta! —replicó Miller auténticamente entusiasmado.

—¡Levantadla! —ordenó Irving y un marinero la izó con la grúa del yate.

—Fijaos bien. Aquí, en el centro lleva una quilla plegada que puede inflarse desde arriba.

Extrajo un tubo de aire comprimido del depósito de la balsa y lo enroscó como una válvula. Presionó con fuerza y el siseo del aire desplegó la quilla hasta que estuvo perfectamente inflada.

—Puede resultar muy útil en el mar. Tiene dos tiempos de inflado para que podáis elegir cuál os conviene más. Fijaos.

Continuó hinchando el adminículo hasta que se desplegó por completo. Ahora constituía una especie de aleta inferior de más de dos metros de largo y uno y medio de profundidad.

—Para deshincharla solo debéis presionar la válvula. De este modo.

Lo hizo y la aleta se deshinchó instantáneamente. Entonces Irving la plegó y volvió a sujetarla debajo de la balsa.

—Vamos a probarla —dijo Miller.

La grúa la depositó sobre el océano y Miller saltó sobre ella. Colocó los remos en posición y ayudó a Gordon a ocupar su puesto. Se sentaron sobre los carros bien sujetos y comenzaron a remar alejándose del yate.

El mar estaba algo agitado y una brisa creciente extraía una espuma blanca y fina de la cúspide de las olas.

Era ligera y dócil. Miller verificó su condición marinera e insumergible y supuso que en el río su desplazamiento resultaría más previsible. Dieron dos vueltas alrededor del yate y se alejaron en línea recta. Se hallaban muy lejos de la costa que era invisible a cuatro o cinco horas de navegación normal hacia el este.

Las olas comenzaron a bambolear la embarcación que trepaba sobre ellas adherida como una araña de hermoso color naranja para sumergirse nuevamente en el seno del mar y volver a ascender la siguiente colina de agua.

—El viento está aumentando —dijo Gordon.

—Sí, será mejor que regresemos.

El yate los había seguido muy lentamente y se hallaba a una milla de distancia. El cielo resplandeciente sobre sus cabezas comenzaba a opacarse en el horizonte y el mar infinitamente azul celeste perdía luminosidad.

Una ola azotó la balsa y los empapó por completo.

—Ahora necesitamos la quilla —dijo Miller.

Gordon buscó en el compartimiento de proa pero no pudo hallar el cartucho de aire comprimido.

—¡Maldita sea! Era el único cartucho —dijo furioso.

—No te preocupes, no pasará nada:

—No me gustaría tener que nadar hasta el yate, no tenemos chaleco salvavidas.

Miller extrajo un cabo y lo ató a la cintura de Gordon, le dio cuatro metros de maniobra y lo sujetó a la balsa.

—Si da una vuelta de campana podrás escapar al abrazo de la muerte —bromeó.

—Muy gracioso.

—Ahora procura remar acompasadamente. Yo sostendré el timón de popa.

El yate parecía haberse detenido a una milla de distancia.

—¿Por qué diablos no viene a buscarnos?

—Nos está probando —dijo Joe.

Gordon no dijo nada más. Remaron con vigor en dirección al yate. Se hallaban a mitad de camino cuando una ola golpeó imprevistamente el costado de la balsa y Gordon recibió un golpe muy fuerte en la boca con el extremo de su remo.

—Un poco más y ya estamos —dijo Miller.

Gordon con la boca llena de sangre se limitó a escupir una y otra vez sobre la borda.

Cinco minutos después una aleta negra y veloz pasó a varios metros de la canoa.

—Es un tiburón —dijo Miller, dándose la vuelta hacia su amigo.

Vio el rostro sanguinolento y la expresión dolorida de Gordon.

—¿Estás herido?

—No es nada, un golpe estúpido en los labios, tengo la boca llena de sangre.

—No escupas al mar.

—Ya lo he hecho.

—Mira el tiburón. Confío en que no haya muchos más por los alrededores.

Y entonces sucedió. La ola golpeó furiosa en la proa y levantó la balsa. Gordon, incapaz de sostenerse mediante la presión de sus

piernas insensibles fue lanzado hacia la popa, dio una vuelta completa y chocó contra la borda en el momento en que una segunda ola los barría.

La ola lo cogió por la espalda y lo expulsó de la balsa.

Miller miró desesperado a su alrededor en busca del tiburón. No lo vio y supuso que estaría sumergido.

Introdujo una mano en el bolsillo de su pantalón y extrajo su navaja marinera.

Gordon salió a la superficie y comenzó a acercarse a la balsa cogido por la cuerda de seguridad.

—Tranquilo, amigo, nada muy lentamente —advirtió Miller controlando la estabilidad de la balsa con sus remos y atento a la aparición del tiburón. Tenía la navaja abierta entre sus rodillas.

El viento azotaba su rostro aindiado y los caballos húmedos se pegaban a su frente. Sentía los ojos escocidos por la sal y el sabor amargo del agua de mar en la boca.

Lentamente Gordon fue acercándose a la balsa y ya estaba a punto de asirse a las anillas de la borda cuando la aleta fatídica emergió a una decena de metros de él y se proyectó como una flecha hacia su presa.

—¡Sube, Gordon! —gritó Miller y soltando los remos cogió la navaja con su mano derecha y saltó al mar por encima de su amigo.

Se sumergió un par de metros y vio la silueta oscura del tiburón al pasar sobre él en dirección a su amigo.

Hundió la navaja en el ojo fijo del escualo y recibió a cambio un coletazo feroz en los muslos cuando el espasmo de dolor estremeció al monstruo.

Subió en busca de oxígeno y vio a Gordon sobre la balsa.

—¿Dónde está? —preguntó con desesperación.

—No lo veo —replicó Gordon.

La balsa flotaba a unos seis metros bamboleada por las ráfagas y las olas.

Gordon buscó en el contenedor de proa y encontró algo útil, una pistola de señales luminosas. La cargó con presteza y buscó a su amigo en el mar.

Le arrojó el cabo con el que estaba sujeto y escudriñó la superficie tumultuosa en busca del escualo.

Miller nadó rápidamente hacia la embarcación y se cogió

exhausto a la borda.

—¡Allí! —gritó entonces Gordon—. ¡No te muevas!

Apuntó por encima de la cabeza de Miller y apretó el disparador. El cartucho luminoso se estrelló contra la aleta y explosionó a cuatro metros de Miller, que asido a la borda respiró hondamente y con un último esfuerzo cayó dentro de la balsa.

El impacto y el estallido detuvieron al tiburón que se sumergió para no volver a reaparecer.

El yate se aproximó cuidadosamente a la balsa y diez minutos más tarde eran izados a bordo.

Miller sostenía todavía la navaja ensangrentada en su mano derecha y su expresión era una máscara de furia incontenible.

Delaney ayudó personalmente a que Gordon se acomodara en su silla de ruedas.

—Bonito espectáculo —dijo entonces con una sonrisa.

—Maldito sádico —rugió Miller.

—Tranquilo, hombre. Si no te hubieras zambullido detrás de tu amigo ese tiburón estaría muerto.

—¿Qué dices?

—Mira.

Un marinero lanzó un tonel con una catapulta. El tonel describió un amplio círculo y cayó a quinientos metros del yate. Apenas tocó el agua Delaney se volvió hacia el puente. Miller siguió la dirección de su mirada y vio una muchacha ataviada con un minúsculo bikini y sosteniendo un poderoso fusil provisto de mira telescópica.

—Ahora, Ana —dijo Delaney.

La muchacha se llevó el fusil al rostro y disparó una sola vez. En la distancia el tonel se hizo pedazos.

—Balas explosivas —sonrió Delaney—. Y ahora podéis mudaros de ropa. Cenaremos temprano.

Miller observó a la muchacha durante un largo minuto antes de que desapareciera.

Era alta y de cuerpo esbelto y sinuoso. Su cabellera castaña caía enmarañada sobre los hombros y los ojos oscuros parecían ingenuos y burlones.

—¿Quién es la guerrillera? —preguntó Gordon.

—Os la presentaré esta noche.

—¿Dónde se ocultaba? —preguntó Miller.

—No se ocultaba, se sentía indispuesta —explicó Delaney con una sonrisa extraña.

Miller pasó un brazo por la cintura de Gordon y lo ayudó a ponerse de pie.

—¿Cómo te sientes? —preguntó.

—Mejor que un cadáver y más débil que Charles Atlas. ¿Responde eso a tu pregunta?

—Camina, holgazán —le espetó Miller y se encaminaron hacia la compuerta que daba acceso a los camarotes de proa.

* * *

—No hay nada como una buena ducha de agua caliente, una cama con sábanas frescas y un vaso de *whisky* para volver a vivir.

—Pareces entusiasmado —dijo Gordon.

—Tienes que reconocer que la presencia de la guerrera resulta interesante.

—Me gustan las rubias.

—Excelente, al menos no nos llevará a asesinarnos mutuamente.

—Tal vez sea la mujer de Delaney.

—Tal vez.

Se echaron sobre las literas y bebieron el *whisky* pensativamente. El movimiento del barco se había acentuado como consecuencia del mal tiempo pero una hora más tarde recuperó su navegación serena. Miller echó un vistazo por el ojo de buey y vio que la masa oscura de la tempestad de verano se alejaba hacia el continente.

—Hora de vestirnos y hacer acto de presencia —dijo saltando de su litera.

—Ha sido un buen comienzo el de hoy, Joe. ¿Qué opinas de la balsa?

—Es un excelente vehículo, amigo, haremos un buen trabajo.

—Si el tiburón nos hubiese cogido estos tipos hubiesen perdido doscientos mil dólares. ¿Puedes comprenderlos?

—No, pero no tiene importancia. Estamos vivos y en camino, Gordon.

—A propósito de camino, mira esto...

Gordon apoyó los pies en el suelo, sentado en su litera, y con una sola mano se ayudó a ponerse de pie. Cuando lo hubo

conseguido permaneció inmóvil y erecto durante varios segundos hasta que las rodillas le flaquearon y debió sujetarse para no caer.

—Es un milagro —dijo Miller palmeándolo—. ¿Cuál es el truco?

—He estado practicándolo para darte ánimos, compañero. Ahora que voy a ser rico necesito mis piernas para seducir a la rubia.

—¿Qué rubia?

—No lo sé, pero ya aparecerá en el horizonte. Puedes creerme.

Miller suspiró aliviado.

—¿Por qué suspiras? —inquirió Gordon.

—Porque veo que sigues estando chiflado. Por un momento creí que habías recobrado el seso.

—Vete al infierno.

—Lo haré si tú vienes conmigo. Vístete.

* * *

La tormenta había desaparecido por completo y el mar parecía una sábana oscura y densa, completamente inmóvil. El ronroneo de los poderosos motores del yate era el único sonido notable en el océano inmenso.

Delaney los aguardaba en la cubierta de popa. Allí habían servido una cena espléndida debajo de un toldo de gran colorido y a la luz de grandes velas rojas.

—¿Recuperados? —preguntó Irving con una sonrisa.

—Sobreviviremos a tus pruebas, Irving. Beberé un *whisky* —dijo Miller.

Gordon se dejó caer en su silla de ruedas y cogió su copa.

Una suave melodía surgió del salón contiguo. Era una orquesta conocida y de muy buen gusto que atacaba viejos temas románticos de la década de los años cincuenta.

Miller se volvió hacia el salón y vio a la muchacha.

Era hermosa, demasiado hermosa para verse envuelta en aquella aventura extraña.

Llevaba una blusa blanca anudada sobre el ombligo que revelaba la rotunda belleza de sus senos dorados y henchidos en el vértice del escote. El estómago chato y desnudo culminaba en unas caderas redondas y voluptuosas sujetas dentro de un tejano blanco muy ceñido. Iba descalza y llevaba las uñas pintadas de color rojo

furioso.

La cabellera continuaba cayendo ensortijada sobre sus hombros y el rostro moreno de sol era un poema tropical: labios carnosos y hambrientos en una boca grande de sonrisa fácil y blanquísima; ojos ligeramente rasgados de pupilas muy oscuras y cejas tupidas, de hembra ecuatorial. Los pómulos altos y duros le conferían una expresión de dureza e ingenuidad, como si aquel rostro sugestivo, exageradamente bello, luchara permanentemente por conseguir una personalidad definitiva.

—Ven, Ana —dijo Delaney—, te presentaré a los invitados. Este es Joe Miller...

—Joe... —dijo tendiéndole la mano y clavando sus ojos frutales en él.

—Hola, Ana.

—Y el señor Gordon Benny —continuó Delaney.

—Hola, muchacha —dijo Gordon estirando su mano—. ¿Dónde has aprendido a disparar de ese modo?

—En Brasil —dijo ella estrechando la mano de Gordon.

—Tu inglés es muy bueno, ¿eres brasilera?

—Sí. Mi padre es norteamericano y mi madre era brasilera. Mi nombre es Ana Brunell.

—La hija de Mark Brunell —explicó Delaney.

—Soy fotógrafa.

—En este momento mis compromisos me impiden posar para ti, pequeña —bromeó Gordon—, pero estoy seguro de que mi compañero, el inefable Joe Miller estará dispuesto a revelarte sus cicatrices. ¿Me equivoco?

—Recuérdame que la próxima vez te permita indigestar a algún pobre tiburón, payaso —replicó Miller.

—Los dos seréis mis modelos ya que iré con vosotros en la balsa.

Miller clavó sus ojos en Delaney.

—¿Se trata de otra prueba? —preguntó Joe, cachazudo.

—No, nada de eso. En realidad la única prueba deliberadamente planeada tuvo lugar en el puerto de Laguardia. Exactamente en la cantina La ruina.

—La pelea... —murmuró Gordon.

—Exactamente. Eran dos rufianes contratados para cumplir un papel. Necesitábamos saber cuál sería tu reacción.

—Podría haber evitado la pelea —dijo Miller.

—Pero no fue eso lo que ocurrió.

—Podrían haberme matado.

—Tal vez, pero tampoco fue ese el desenlace.

—Delaney, creo que eres un verdadero hijo de perra —dijo Miller serenamente—. Y será un placer romperte los dientes.

Ana parecía divertida, aunque Gordon detectó en ella una cierta preocupación.

—Ha salido bien, Joe. Olvídalo.

—No me gusta que jueguen conmigo —dijo Miller, sin apartar sus ojos de Delaney.

—Amigo —dijo este—, normalmente todos somos peones en un juego barato. Al menos tú saldrás de esto con cien mil dólares debajo del brazo.

—¿Quieres bailar conmigo? —dijo Ana a Miller cogiéndolo de un brazo.

Durante los primeros momentos Miller no consiguió relajarse y bailar con comodidad. Ella pareció entender su tensión y soportó algunos pisotones hasta que él se dejó ganar por su aroma y su contacto tibio y aspiró su respiración como un drogadicto tras una larga abstinencia.

—Gracias —dijo ella.

—¿Por qué?

—Por no estallar. Irving es un hombre extraño, duro y brutal pero con una inteligencia exquisita.

—¿A qué se dedica?

—¿No lo sabes?

—No.

—Trabaja para el gobierno.

—¿Qué gobierno? Pensé que era directivo de la federación de rafting.

—En efecto, lo es. Mi padre es el presidente.

—Ya.

Bailaron durante más de media hora hasta que finalmente Delaney los reclamó para cenar.

Miller había luchado por organizar el rompecabezas que tenía en el cerebro pero resultaba difícil hacerlo en los brazos de Ana.

La cena fue un éxito. Delaney era un tipo entretenido y conocía

mil anécdotas divertidas. Finalmente, cuando bebían el café y el *cognac*, Miller preguntó:

—Bien, ¿cuándo llegaremos a destino?

—En cuatro semanas llegaremos a Colombia.

—¿Cuatro semanas? ¿Por qué tanto tiempo?

—Es el tiempo necesario para que os familiaricéis con la balsa y el equipo. Atracaremos en Santa Marta y desde allí iremos en helicóptero hasta el Amazonas. ¿Alguna pregunta?

—Sí —dijo Gordon—. ¿Cuál es la trampa?

—Las trampas no existen, amigos —dijo Irving Delaney observando el tono del vino a la luz de las velas—, solo existen ambiciones, éxitos y fracasos.

—Muy ilustrativo —dijo Miller.

La conversación decayó sensiblemente. Delaney decidió que ya era suficiente y se retiró a su camarote.

Gordon tragó su último sorbo de *cognac* y suspiró profundamente.

—¿Tú no sabes nada, pequeña? ¿Crees realmente que se trata de un viaje en balsa por el Amazonas?

—¿Qué otra cosa? —preguntó.

—No lo sé, pero la otra noche en una cantina dos tipos casi rajan a Miller y esta noche nos enteramos que fue una prueba de tu padre y Delaney. Esta tarde en vez de acercaros con el yate a la balsa cuando comenzó la tempestad, redujisteis la marcha.

—¿Crees que...?

—Dime, pequeña, ¿sabe tu padre que nos acompañarás?

El rostro de la muchacha, a pesar de la ira, reveló que Gordon había dado en el clavo.

—No lo sabe ¿verdad? —inquirió Miller.

—No, se puso furioso cuando sugerí que me gustaría participar.

—Ya.

La muchacha se puso en pie, los miró uno por uno y se retiró apresuradamente.

CAPÍTULO V

Llegaron a Santa Marta veinticinco días más tarde. Durante aquel período habían probado la balsa con todo tipo de tiempo hasta conocer perfectamente sus particularidades y manías, sus pequeños desplantes, sus caprichos al jugar con las olas, su «temperamento» estructural.

Ana los acompañó en varias oportunidades y entre los tres se estableció un sólido respeto mutuo.

No volvieron a hablar de Brunell. El padre de Ana era una especie de personaje relegado, incluso por el propio Delaney que se convirtió en un anfitrión divertido y atento aunque no compartía con ellos más que los tiempos estrictamente necesarios.

Ana se retiraba a dormir muy temprano y Miller y Gordon se acostumbraron a aquel régimen de vida amable pero despersonalizado hasta el momento en que el yate llegó a Santa Marta.

Durante dos días fueron entrevistados por algunos miembros del gobierno colombiano interesados en el feliz desarrollo de la travesía ya que ello implicaría publicidad gratuita para el área turística de su país.

Gordon y Miller contaron con un apoyo total para cualquier iniciativa que se les ocurriera. Fue así como Joe se proveyó de una piragua hinchable de doble cobertura, especial para corrientes tumultuosas y un equipo completo de pesca fluvial.

El resto de los pertrechos fueron proporcionados por el propio Delaney que parecía preocupado porque ellos contaran con todos los adminículos necesarios para un feliz desempeño de la aventura.

Ana desapareció durante el último día y regresó convertida en una exploradora finisecular, ataviada con prendas de dril y gruesos zapatones.

La última noche Delaney les ofreció una cena de despedida. Los periódicos colombianos, tal como estaba previsto, no habían mencionado la aventura.

—No me parece lógico —dijo Gordon—, no me parece lógico en absoluto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Miller.

—A la falta de publicidad en los periódicos. Es absurdo.

—Los expertos son ellos, amigo.

—Tal vez, pero sigo pensando que aquí se cuece algo que nosotros ignoramos.

—Como tú dijiste allá en Laguardia, compañero: ¿qué diablos importa lo que se traen entre manos si tenemos la pasta en el bolsillo?

—Mmmm...

* * *

Cuando finalizó la cena y se encontraban confortablemente sentados en un salón privado del hotel provistos de sus copas de *cognac*, Delaney se puso en pie y dijo con su voz simpática y franca:

—Bien, una última advertencia: debéis tratar de llegar a los sitios de reaprovisionamiento en el plazo fijado. Allí Ana nos entregará las películas que haya tomado y os reaprovisionaremos con el helicóptero de abastecimiento. Nos encontraremos cada siete días. Es importante que sincronicemos las etapas del viaje. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué ocurrirá si necesitamos ayuda? —preguntó Gordon.

—Tendremos abierta la frecuencia radial convenida.

—¿Te ocuparás tú personalmente del reaprovisionamiento? —preguntó Miller.

—Sí, yo personalmente.

—¿Cuál es el papel de Brunell en este tinglado? —inquirió Gordon.

Ana se volvió hacia él. Era la primera vez que mencionaban a su padre desde aquella noche en el yate.

—Brunell tiene otra actividad más... administrativa. Yo me ocupo de los aspectos prácticos de la cuestión. ¿Algo más?

Miller detectó una ligera nota de irritación en el tono de Delaney.

—Nada más.

—Bien, mañana por la mañana, a las seis, os recogeré para

llevaros hasta el campo de aviación. Allí nos aguarda el helicóptero con todo el equipo. Llegaremos a Santa Clara al anochecer. Haremos noche allí y la aventura comenzará en la mañana siguiente. El centro de aprovisionamiento será Santa Clara hasta que os hayáis alejado dos mil kilómetros.

—Bien, comienza el juego —dijo Gordon clavando sus ojos en Delaney.

—Hasta mañana —saludó Delaney y salió de la habitación.

—¿Alguna pregunta? —bromeó Gordon.

—No, ninguna —dijo Miller.

—Me voy a la cama, compañero.

Salió impulsado por su silla de ruedas y Miller se volvió hacia la muchacha.

—¿Te ocurre algo?

—No, nada.

—Escucha, será un viaje largo y peligroso. Si hay algo que te preocupe prefiero saberlo ahora, luego será demasiado tarde. Solo hace falta una espina entre nosotros para que toda la camaradería se vaya al infierno y la aventura se convierta en un suplicio. Puedes comprenderlo, ¿verdad?

—Sí, lo siento, Joe. No me ocurre nada.

—Tú decides, muchacha, pero prometo enviarte de regreso con el helicóptero en cuanto perciba que tu actitud compromete el éxito de la expedición. Soy sincero contigo, no tendrás trato preferencial.

—No quiero tener ningún trato preferencial, soy perfectamente capaz de valerme por mí misma. Conozco el país, la selva y el río. Te llevarás una sorpresa conmigo.

—Espero que sea una buena sorpresa, Ana.

Miller cogió el rostro de la muchacha entre sus manos y la miró profundamente. Luego la besó en las dos mejillas y salió de la habitación. Ana permaneció todavía unos momentos allí, estremecida por el extraño comportamiento del hombre.

* * *

El viaje hasta Santa Clara fue endemoniado. El calor resultaba insoportable y el permanente bailoteo que proporcionaba el rotor del helicóptero no contribuía en nada a facilitar las cosas.

El paisaje, sin embargo, era fascinante. Selva y agua y planicies cultivadas y tierra salvaje, bravía y dura. Se acercaban rápidamente al área de la Amazonia, el paraíso del caucho, el cacao, las maderas preciosas y la quina. El territorio de los aventureros y los exploradores inmisericordes. El país de la odisea cotidiana dentro de un país todavía mayor, el ciclópeo Brasil.

El Amazonas nace en los andes peruanos, junto al cerro de Pasco y desagua en el Atlántico formando un amplio delta. Toma sucesivamente el nombre de Marañón, hasta Tabatinga, Solimoes, hasta la confluencia con el río Negro y Amazonas hasta el mar. Su longitud es de 5.500 kilómetros y está aprovisionado por los importantes afluentes: Ucayalí, Purús, Madeira, Tapajoz, Tocantis, Ñapo, Putumayo, Japurá y Negro.

Vicente Yáñez Pinzón lo bautizó con los nombres de Mar Dulce y río Grande. Su curso alto fue explorado por Orellana quien le dio el nombre de Amazonas, debido a las tribus de mujeres guerreras que encontró durante su expedición.

Miller, Gordon y Ana partirían desde Santa Clara, en Colombia, y por el afluente lea, llegarían hasta el Solimoes.

El primer encuentro con el helicóptero se realizaría siete días más tarde, muy cerca de la población de Tonantina, ya en territorio brasilero.

Llegaron a Santa Clara destrozados por el largo viaje y se metieron en la cama como si de ello dependiera su supervivencia, y tal vez así fuera.

Al día siguiente encontraron la balsa con todo el equipo dispuesto sujeta al pequeño muelle elegido para la ocasión, ligeramente apartado del centro de la población.

Estaban allí Delaney y el mismo funcionario colombiano que les facilitara los trámites aduaneros en Santa Marta. Y también había alguien más, un funcionario brasilero que entregó a Miller una serie de documentos que les evitaría cualquier tropiezo con las autoridades de Brasil durante la larga travesía.

La despedida fue breve y fría.

—Recordad que es preciso respetar el tiempo de cada etapa —les gritó Delaney mientras se alejaba de la orilla.

—Bien, amigos —dijo Miller—, allá vamos.

Estiró sus brazos con las palmas hacia arriba y Gordon lo golpeó

con fuerza.

Joe miró a la muchacha.

—Bienvenida a la aventura —le dijo sonriente.

Ella estiró sus brazos y los dos amigos golpearon sus palmas extendidas en medio de una carcajada.

—Solo espero que nuestros competidores no nos ametrallen por el camino —bromeó Gordon—. Este paisaje es demasiado bello como para que nuestra expedición se convierta en una competencia mortal.

Remaron rítmicamente hasta el centro del canal por el que la corriente era más pareja y se deslizaron suavemente en busca de la frontera brasilera y el todopoderoso Amazonas.

La balsa respondía obedientemente al mando de los remos de Miller y Gordon, que habían soltados los carros a fin de acompañar el esfuerzo de cada remada con el movimiento complementario del torso, flexionando y tensando las piernas.

Gordon utilizaban la inercia de la embarcación y la fuerza desproporcionada de su enorme torso y sólidos brazos para obligar a aquel movimiento tonificante de sus piernas. Mientras Miller descansaba con aquel sistema, Gordon se fatigaba terriblemente. Pero gozaba con ello porque podía experimentar de un modo inmediato y físico la tonificación creciente de sus extremidades inferiores.

El paisaje era agreste, solitario y cambiante. Orillas barrosas y de playas escuetas se alternaban con largos parajes en los que la selva llegaba hasta el agua color siena, con su presencia olorosa y prepotente.

De vez en cuando divisaban poblados y caseríos aislados, algunos animales vacunos y campesinos doblados sobre sus herramientas.

Se cruzaban continuamente con canoas de pescadores, largas embarcaciones practicadas en el tronco de árboles mediante la aplicación de fuego, o embarcaciones con motores fuera borda de confección artesanal y gran capacidad.

En tres ocasiones fueron adelantados por lanchones de transporte desde los cuales una tripulación acostumbrada a todo les saludaba con las manos.

A medida que avanzaba el día la humedad era más intensa y el

calor parecía esculpirse en la atmósfera como un fantasma absoluto y denso, capaz de invadir el último rincón de los pulmones sufridos y ardientes.

Pero el paisaje vivo, colorido y majestuoso acaparaba toda la atención de los navegantes, los distraía del calor y los mosquitos, de la humedad y del esfuerzo.

Al caer la tarde los mosquitos aumentaron de tamaño y voracidad por lo que se cubrieron con líquido repelente y procuraron alejarse de las orillas donde se congregaban en densas nubes amenazadoras, produciendo un zumbido provocador.

El chillido de los pájaros se hizo más esporádico y los rumores de la selva comenzaron a perder intensidad, apagados por el poniente.

Ana lanzó un anzuelo al que había fijado una pequeña mosca y poco después pescó un pez ancho y escamoso de rostro poco agradable pero perfectamente comestible.

Hallaron una pequeña playa terrosa y hacia allí dirigieron la balsa. Ana había tomado varias fotografías y finalmente decidió controlar su entusiasmo porque el paisaje estimulaba su propensión a tomar una fotografía tras otra, encantada con cada ángulo del río, con cada rincón de la fronda, con cada tinte del cielo.

Miller armó rápidamente una pequeña tienda mientras Ana disponía el fuego para asar el pescado. Gordon, entretanto, buscó una emisora musical en el aparato de radio y cenaron satisfechos, exhaustos y hambrientos acompañados por la voz melodiosa y sugestiva de Shirley Bassey.

La noche era tan clara que Miller y Gordon durmieron a la intemperie, cubiertos, eso sí, por los imprescindibles mosquiteros. La muchacha se instaló en la pequeña tienda.

Miller proveyó de leña suficiente la hoguera que ardía en un pozo rodeado por piedras terrosas y se dejó caer rendido sobre su saco de dormir.

El sol los despertó muy temprano. Se dieron un baño rápido en el río, desayunaron frugalmente y tras recoger todo en la proa hueca de la balsa reemprendieron la marcha.

Los días transcurrieron serenos y sin complicaciones. La rutina era siempre la misma, solo el paisaje era diferente. A medida que se internaban en la selva todo variaba, los colores, los sonidos y el

aroma vegetal.

Cuando alcanzaron la frontera entre Colombia y Brasil debieron detenerse en el destacamento de control fronterizo. Miller estaba dispuesto a padecer una inspección en toda regla por la frecuencia con que se producían operaciones de control de estupefacientes, sin embargo solo tuvo que mostrar el documento recibido de manos del funcionario brasilero para que todo marchara sobre ruedas.

Los guardias conocían la existencia de la expedición y se mostraron diligentes y expeditivos.

—Es extraño —comentó Ana—, normalmente en estos puestos se producen demoras y regateos. No lo entiendo.

—Tenemos suerte, pequeña —bromeó Gordon.

Miller devolvió el documento a su saco impermeable y prosiguieron la navegación.

El séptimo día al amanecer alcanzaron la localidad de Tonantina y cuando el sol volvía a descender sobre la selva murmurante llegaron al punto previsto para el reaprovisionamiento.

Allí estaba el helicóptero y Delaney sonriéndoles con satisfacción.

—Bienvenidos —gritó desde la orilla—, habéis sido puntuales.

Repusieron alimentos y agua potable más una botella de *whisky* y cigarrillos para Ana.

Esa noche durmieron allí mismo y al día siguiente continuaron la marcha al mismo tiempo que el helicóptero desaparecía en el cielo.

—Es extraño —comentó Gordon—, ¿habéis visto las huellas?

—¿Qué huellas? —preguntó Miller.

—Huellas de neumáticos todoterreno.

—¿Neumáticos? ¿Dónde?

—En el linde de la selva. Di un paseo en la silla de ruedas y descubrí un sendero en el follaje. Estaba cubierto por hojas podridas y era muy irregular pero había huellas recientes. Neumáticos todoterreno.

—¿Delaney te comentó algo al respecto, Ana?

—Nada, nada en absoluto.

Miller dispuso la pequeña mesa con los banquillos plegables y se sentó junto a la muchacha.

Gordon sirvió tres vasos de *whisky* y levantó el suyo con un

brindis:

—¡Por los misterios de Delaney!

—¡Salud y fotografías! —dijo la muchacha alegremente.

—Por el final —sonrió Miller y todos bebieron con satisfacción.

Ana ajustó su cámara fotográfica sobre un trípode y enfocó la mesa. Accionó el disparador con el dispositivo retardado y se sentó nuevamente en su sitio.

¡Clack!

—¡Ya está! —exclamó radiante—. Nuestra primera fotografía juntos para la posteridad. La llamaré los pioneros del rafting.

Miller la observó con placer.

Vestía un *short* verde oscuro, una camisa del mismo color y los zapatones. Llevaba el cabello recogido y su rostro muy moreno por el sol tropical acentuaba sus rasgos sugestivos, sus ojos profundos y burlones, la extraña cualidad de sus facciones indefinibles.

Comieron y bebieron mientras Ana fumaba un par de pitillos y entonces Gordon se marchó a dormir.

—Me daré un baño en el río. ¿Quieres cubrirme con el fusil? No me gustaría terminar en el estómago de un caimán —dijo Miller.

Ana se puso de pie y buscó en la balsa uno de los dos fusiles que habían recibido con el equipo. Controló la mira telescópica y puso el cargador en su sitio. Metió un proyectil en la recámara y sonrió a Miller.

—¿Lista?

—A la orden, capitán, puede usted disfrutar en el río.

Miller se quitó la ropa hasta quedar cubierto con un *slip* elástico. Su cuerpo duro y musculoso estaba muy moreno y había adelgazado en aquella última semana. Su rostro aindiado y el bigote caído estilo mexicano le daban un aspecto de aventurero que encantaba a la muchacha.

—Has adelgazado —dijo ella.

—Tú eres la culpable, Mesalina —replicó Joe impostando la voz —, sufro por tu indiferencia como un niño amordazado dentro de una pastelería.

Y se lanzó al agua. Nadó enérgicamente alejándose de la costa y luego se enfrentó a la corriente durante varios minutos para que esta no lo alejara del campamento.

Se encontraba a unos treinta metros de distancia de la muchacha

sobre la pálida y fulgurante superficie del río iluminado por la luna, llena y magnífica, cuando sintió el ruido.

Buscó su origen pero no pudo hallar nada. Era como un gorgoteo ligero, suave, apenas discernióle en medio del rítmico movimiento del río.

Se detuvo y flotó procurando oír con mayor precisión la causa de aquel susurro.

Y entonces, a la luz gélida de una luna enorme, sobre la superficie impasible del Solimoes vio la cabeza triangular y poderosa de la anaconda, la magnífica serpiente acuática, poderosa y desplegada, gruesa como el muslo de un hombre. Se inmovilizó con el pecho estremecido por el miedo, Un miedo atávico, viscoso y brutal. Pero consiguió permanecer tranquilo, frío y alerta.

Vio la silueta de Ana recortada contra el resplandor de la hoguera y las formas inquietas producidas por las llamas contra el marco oscurecido de la selva.

Y la anaconda a un par de metros, nadando displicentemente hacia él.

Comprendió que Ana jamás podría verla a esa distancia y que aun cuando detectara la presencia del reptil sería un disparo imposible.

La corriente los alejaba del campamento y vio que la muchacha se movía inquieta y lo llamaba.

No podía responder. Su única oportunidad era permanecer inmóvil, moviendo apenas los pies para evitar hundirse. Un estremecimiento recorrió su cuerpo cuando la cabeza de ojos brillantes y piel escamosa rozó su pecho y tras ella el cuerpo frío y largo de la anaconda nadando lentamente, serenamente, apretándose contra la piel palpitante de su pecho velludo, sumergiéndolo en un asco profundo y enloquecedor.

Debía tener varios metros de longitud y finalmente terminó aquel contacto repugnante y vio cómo se alejaba de él.

Se dio la vuelta y comenzó a nadar hacia la orilla obligándose a hacerlo sin prisas, sin alboroto, controlando el rítmico pataleo debajo del agua para evitar llamar la atención de la víbora.

Un presentimiento lo alentaba a apresurarse pero su cerebro procuraba mantenerse sereno y se decía casi en voz alta que debía controlarse, controlarse…

Había avanzado esforzadamente una decena de metros, contra la corriente, y se encontraba a unos treinta del campamento cuando observó a Ana correr por la orilla con el fusil dispuesto, buscar un punto de apoyo en un tronco doblado sobre la corriente, apuntar y hacer fuego. Vio el fogonazo, escuchó el grito de Gordon dentro de la tienda, y percibió el movimiento convulsivo a su espalda.

La anaconda se debatía en el río moviéndose demencialmente como una de esas poderosas mangueras de gran potencia que ha escapado de las manos que la controlaban.

Entonces ya no pudo controlarse y se lanzó a un *crawl* desesperado en dirección a la orilla.

Gordon se había arrastrado fuera de la tienda y llevaba el Smith & Wesson en su mano derecha.

—¿Qué ocurre? —preguntó con el rostro pálido y el cabello lacio pegado a las mejillas.

—Nada, cálmate —lo tranquilizó Ana—, ya ha pasado. Solo fue un susto.

Gordon miró a la muchacha durante un instante, sonrió y regresó a la tienda.

Miller salió del agua a la carrera y se detuvo junto a Ana para volver la vista al río.

La víbora apenas si se movía ahora. Parecía un largo tronco tembloroso alejándose en la corriente.

Ana se cogió a su brazo y apretó su cuerpo contra Miller.

—Fue espantoso —dijo con voz quebrada—, vi que iba a pasar muy cerca de ti y no podía dispararle a la cabeza, tú estabas delante de la mira del fusil. Creo que estuve a punto de echarme a llorar, pensé que… que…

—Cálmate, muchacha. Ha sido un disparo increíble.

—Pero tú… podrías… la anaconda podría haberte…

Se asió con fuerza al hombre, lo miró con ojos llenos de lágrimas y dejó caer el fusil para hundir el rostro en su pecho y sollozar inconteniblemente.

—Pequeña, pequeña, ya ha pasado todo, tranquilízate, estoy bien y te lo debo a ti, vamos… no te pongas así, deja de llorar…

Ana levantó la mirada hacia él.

Estaba más hermosa que nunca y respiraba con agitación. Tenía los labios entreabiertos y temblaba sin poder controlarse.

—No sé qué hubiera hecho si tú...

Y entonces Miller comprendió. La sintió viva contra su carne, experimentó la misma ansiedad que la mujer y atrapó aquellos labios frutales y trémulos entre los suyos para besarla largamente.

Sin dejar de acariciarla la guio hasta la balsa de goma. Ana subió a ella y Miller desplegó la tienda con rapidez.

—Te amo... —dijo ella.

—Soy un imbécil, puedes creerme. Eres... —no pudo continuar hablando porque ella se precipitó entre sus brazos y rodaron sobre el fondo de la balsa mecida por las olas.

Buscó la piel tensa, tibia y dorada debajo de la camisa de la muchacha para beber su aroma exquisito, para conocerla lenta y desesperadamente.

—Joe... —murmuró ella—, es hermoso...

Y se precipitaron interminablemente en el delicioso territorio del deseo, un deseo ferviente y espléndido como el paisaje que los cobijaba.

* * *

—Permuto café caliente por sonrisas de buenos días —dijo la voz de Gordon.

Ana abrió los ojos y vio el rostro sonriente de Miller que la observaba intensamente.

—Te amo, muñeca.

—Lo sé y es todo lo que necesito.

—¿Qué os ocurre? ¿Habéis agotado las sonrisas de buenos días? —bromeó Gordon.

El aroma del café recién hecho era exquisito.

Abrieron la cremallera de la tienda que cubría la balsa y se asomaron con una gran sonrisa.

—De acuerdo —dijo Gordon, estirándoles las tazas de café—, apruebo el romance.

Y lanzó una carcajada.

CAPÍTULO VI

Las siguientes tres semanas fueron deliciosas. El descubrimiento del amor los había vuelto locuaces y todo cobraba un nuevo significado. El río, la jungla, el viaje... cada detalle se iluminaba con una luz distinta, más brillante y seductora.

Gordon había hecho muchos progresos y aquella vida natural y esforzada lo había convertido en un entusiasta de su propia recuperación. Sus piernas iban adquiriendo el tono muscular con lentitud pero con continuidad y ya podía nadar sin chaleco salvavidas, e incluso ejecutar un sencillo pataleo. Se sentía radiante.

Y era feliz por la felicidad de Ana y Joe.

Joe había diseñado un mástil sujeto por tensores a las argollas estructurales de la balsa y con el sobretecho de la tienda improvisó una vela con lo que conseguían aprovechar la brisa vespertina y avanzar a una considerable velocidad, sin la fatiga de los remos.

Se cruzaban con canoas de pescadores y pequeñas lanchas que realizaban un comercio comarcal rápido y continuo.

Delaney los había reabastecido en dos ocasiones y al día siguiente, al anochecer, volverían a encontrarse con él y el helicóptero en las proximidades de Fonte Boa.

Gordon había descubierto huellas de neumáticos en una ocasión y de un carro tirado por animales en otra. Siempre en las proximidades del sitio utilizado por el helicóptero para aguardar la llegada de la balsa.

La corriente se hacía más rápida por momentos y avanzaban a mucha velocidad.

La vela se henchía con la brisa y Ana agotaba uno tras otro sus rollos fotográficos.

—Algo va a ocurrir —dijo Gordon de pronto.

—¿A qué te refieres? —preguntó Miller.

—He estado pensando...

—¿Cómo puedes pensar en un paisaje como este? Limítate a gozar... —rio Miller.

—Escúchame, Joe, estoy hablando seriamente. Nos están utilizando.

Ana dejó de mirar por el visor de su cámara y se volvió hacia Gordon.

—No te comprendo —dijo.

—Dime, ¿cuánto hace que tu padre conoce a Delaney?

—Un año más o menos.

—¿Sabes qué hacía Delaney antes de conocer a tu padre?

—No, en absoluto.

—¿De quién fue la idea de organizar esta expedición con fines publicitarios?

—Originariamente fue una idea de papá, solo que él había pensado en África para llevarla a cabo.

—¿Delaney fue quien sugirió el Amazonas?

—Sí.

Miller escuchaba atentamente, haciendo sus propias asociaciones de ideas.

—¿Adónde quieres llegar, Gordon? —preguntó a su amigo.

—Todavía no lo sé.

Miller y Ana se miraron preocupados.

Gordon sonrió y palmeó a su compañero.

—Vosotros necesitáis estar solos y yo comienzo con mis teorías de espía teórico. Lo lamento.

—No, creo que tienes razón. Algo está ocurriendo. He pensado que resulta absurdo aprovisionarnos cada siete días en sitios precisos y desde Colombia. Primero: nosotros podríamos conseguir alimentos y agua por nuestros propios medios y utilizar la radio en caso de necesitar algo especial, como películas o medicinas. Segundo: ¿por qué realizar vuelos tan prolongados desde Santa Clara? Sería más cómodo establecer distintos puntos de aprovisionamiento sin necesidad de volar durante mil kilómetros.

—Y después están las huellas de neumáticos —dijo Ana.

—Tal vez nos estemos volviendo locos —bromeó Gordon—. Pero la realidad es que algo extraño ocurre a nuestras espaldas.

—Y además está el dinero —dijo Miller—. Doscientos mil dólares es una fortuna.

—El dinero lo consiguió Delaney —dijo la muchacha—. Y de él fue también la idea de buscaros a vosotros. Dos tipos rudos y bien

entrenados, dispuestos a cualquier cosa… —se interrumpió avergonzada.

—No tienes por qué avergonzarte, pequeña —dijo Gordon—, es la pura verdad.

—Hay un modo de saber qué está ocurriendo —reflexionó Miller.

—¿Cómo? —inquirió Miller.

—Llegando antes al lugar de la cita y observando qué diablos hacen allí.

—Sí —dijo Gordon—, pero lo ha pensado muy bien el amigo Delaney. Conoce el río y la balsa. Sabe perfectamente que no podremos superar una determinada velocidad y viajando al máximo apenas si conseguimos adelantarnos un par de horas. Es astuto. Si lo ha hecho deliberadamente, como creo que lo ha hecho, entonces es muy listo.

—No he pensado en llegar utilizando la balsa —dijo Miller pensativo.

—No te entiendo —dijo Gordon.

—La piragua. He traído una piragua doble, ¿recuerdas?

—¡Claro que sí! —exclamó Gordon—. Lo había olvidado. Tú y yo podemos llegar rápidamente aprovechando la corriente.

—Iré yo —intervino Ana.

—Ana…

—Escucha, Joe, si Delaney está jugando sucio, mi padre lo ignora y me siento responsable por él. Además, soy una buena tiradora y puedo serte muy útil. No podría conducir la balsa y Gordon si puede hacerlo. ¿Qué dices?

Gordon la miró con admiración.

—Puede resultar peligroso, Ana —dijo cogiendo la mano de la muchacha.

—Lo sé, pero quiero ser yo quien acompañe a Joe. Puedo remar y durante estas semanas mi cuerpo se ha convertido en el de una de esas mujeres culturistas típicas de la revista Músculos y narcisismo.

—Eres una maldita hechicera —rio Miller.

—De acuerdo, podéis iros sin mí. Aprovecharé para descansar de vuestra compañía. Siento envidia.

—¡Chico, debes pensar en tu rubia! —exclamó Miller.

—¿Qué rubia? —preguntó Ana.

—Está allí —bromeó Gordon—, al alcance de mi mano, una mano repleta con cien mil dólares.

Y rio su propio chiste.

* * *

Hincharon la piragua y llenaron una mochila con unos pocos alimentos, un par de cantimploras con agua, una linterna, el fusil y la funda con el Smith & Wesson y varias cajas de proyectiles. Miller se ciñó el cinturón con un cuchillo de caza y Ana hizo otro tanto.

Ya eran las doce del mediodía cuando se sentaron en los asientos en tándem de la piragua y cogieron los remos.

—No quiero que os metáis en problemas. Si os encontráis con algo peligroso regresad a mi encuentro. ¿De acuerdo?

—Cuenta con ello, hermano —dijo Miller.

Gordon estiró los brazos y ofreció las palmas de sus manos. Ana y Joe las golpearon con fuerza y se alejaron rápidamente de la balsa impulsados por la corriente.

Remaron rítmicamente hasta adentrarse en el río buscando la mayor velocidad posible, atentos a los troncos flotantes que derivaban por la superficie amarronada del Solimoes. La piragua era ligera como una centella, pero era también muy frágil y una espina, una rama filosa o un tronco áspero podían perforarla sin dificultad.

Durante varias horas remaron incesantemente, midiendo el esfuerzo, atentos a la corriente que por momentos se hacía más violenta, adentrándose en áreas más estrechas, flanqueando islotes irregulares cuya vegetación en ocasiones se unía en lo alto con las altas copas de los árboles de la ribera formando largos túneles umbríos en los que el olor de la hojarasca era todavía más intenso.

Habían dejado de cruzarse con barcas y canoas. El cielo acentuó su tono azul y comenzó a anochecer.

Todavía tendrían visibilidad durante un par de horas y decidieron aprovechar ese tiempo para intentar llegar al sitio de la cita esa misma noche.

La sigilosa y veloz marcha de la piragua les permitió observar un sinnúmero de animales salvajes que bajaban al río a beber. Pecaríes, gatos del monte y pequeños roedores nerviosos y en permanente

estado de alerta.

Se sentían satisfechos por el avance y prácticamente no hablaban sumidos en sus pensamientos, procurando adivinar la escena que se encontrarían en el lugar de la cita, unas veinte millas más adelante.

—Llegaremos esta misma noche —dijo Miller.

—Va a llover, Joe.

Miller miró al cielo que no parecía haber variado su tonalidad con la presencia de nubes.

—¿Cómo lo sabes, pequeña?

—Puedo oler la lluvia en el aire.

—Me he enamorado de una indígena.

—Eso es. Puedes creerme, lloverá antes de media hora.

—¿Eso es malo?

—Es fastidioso, pero no habrá viento. El río no lo notará, pero es probable que la potencia de la lluvia arrastre ramas secas y trozos completos de vegetación de la orilla.

—Comprendo.

Remaron con mayor fuerza, volando en el centro de la corriente procurando ganar todo el terreno posible antes de que la tormenta cayera sobre ellos.

En un momento Miller dejó de remar y cogió la mochila.

—¿Qué haces? —preguntó Ana ocupada en conservar el rumbo de la piragua.

—Voy a tomar mis precauciones.

Cogió la funda sobaquera con la pistola, la ajustó sobre su cuerpo desnudo y luego extrajo una camisa de dril y se la puso cubriendo el arma.

—Delaney sabe que estás armado, Joe.

—Él mismo nos entregó los fusiles pero los revólveres los trajimos Gordon y yo ocultos en la silla de ruedas.

—¿Por qué?

—Somos desconfiados por naturaleza, en una época esa desconfianza nos permitió continuar con vida, una época demasiado larga y dolorosa…

—Lo sé.

—Nos acercamos a la orilla y marcharemos más despacio. Cuando cese la visibilidad dejaremos la piragua y continuaremos

por tierra.

—No es posible, amor.

—¿Por qué no?

—Estamos en la selva, y se hace de noche. No conocemos el sitio y será muy peligroso.

—He estado patrullando media Indochina en peores condiciones, muñeca. Confía en mí.

Aproximaron la piragua a la costa y continuaron bogando con infinita precaución a cinco o seis metros de la muralla de fronda. El silencio era denso y parecía acentuar el calor húmedo de la noche. Miller sentía la camisa de dril pegada a su piel como una funda incómoda pero no estaba dispuesto a quitársela.

Ana había abierto su blusa y los pechos desnudos brillaban sudorosos y trémulos.

—Eres preciosa —bromeó Miller—, cuando regresemos tú remarás completamente desnuda y sin darme la espalda. La excitación que me produce tu cuerpo me convertirá en un verdadero fuera borda.

Ella sonrió con picardía y se estiró en su asiento como una diva de los años veinte.

Miller se dio la vuelta y vio el bulto que flotaba junto a la popa de la piragua. Dio una palada febril con su remo doble y la piragua giró con rapidez. Pasaron junto a un gran trozo de tierra arrancado por la orilla y que flotaba portando sobre él un inmenso hormiguero colorado.

—Si metemos el hocico allí ahora estaríamos bailando una samba como dos drogadictos —rio la muchacha.

El río describió un amplio recodo y salían de él cuando el trueno rodó sobre la jungla y una cortina de agua se precipitó sobre ellos como una nube sólida.

Ana levantó el rostro para que el agua fresca aliviara el calor de su cuerpo.

Detuvieron la marcha y dejaron que la corriente los llevara con lentitud.

La visibilidad era nula.

—Hay algo que no existía en Vietnam —dijo Ana.

—¿Qué cosa?

—Los animales salvajes. Todos bajan al río a beber por la noche,

será muy peligroso.

—Sí, no había pensado en ello.

—¿Por qué no continuamos en la piragua? Si la perforamos siempre podremos llegar a tierra, está compuesta por varios compartimientos estancos llenos de aire. Nos sostendrá aunque uno o dos se desinflen.

—Sí. Y tenemos los chalecos salvavidas. Podríamos continuar nadando.

—¿Ya te has olvidado de la anaconda?

Un estremecimiento recorrió el cuerpo de Miller.

—No, no la he olvidado, pero no la recuerdo con espanto sino con agradecimiento. Fue la anaconda la que nos abrió los ojos.

—Te quiero —dijo ella sin dejar de remar.

Repentinamente la piragua se conmovió y Ana lanzó un grito. Miller se volvió con rapidez y vio a la luz de un relámpago la silueta macabra de un gran caimán que se alejaba río adentro. El siseo fue inmediato y el compartimiento estanco posterior, justo detrás de la butaca que ocupaba la muchacha comenzó a deshincharse.

—Vamos hacia la orilla —dijo Miller.

Y remaron directamente hacia la umbría presencia de la jungla. Joe estiró el remo y rozó con él los matorrales para detener la piragua a un metro de la orilla.

Buscó luego una linterna en la mochila y con ella recorrió el margen del río. No había ningún sitio apto para desembarcar. Continuaron avanzando con lentitud. Joe cubría el foco de la linterna con la mano y horadaba la penumbra en busca de una pequeña playa.

Y entonces descubrieron el resplandor unos doscientos metros más adelante.

—Allí están —dijo Miller.

—¿Por qué habrá tanta luz?

—Lo averiguaremos en un instante, pequeña.

Ella cogió el fusil y controló su carga mientras Joe bogaba en dirección a la luz.

La lluvia caía sin disminuir su potencia y el ruido que producía sobre la floresta cubría cualquier otro sonido.

Dejaron la piragua en un pequeño claro a unos cuarenta metros

de la luminosidad del campamento y Miller aseguró la embarcación para que no fuese arrastrada por la corriente.

—Sígueme con cuidado —dijo a la muchacha.

Se abrió paso con el largo puñal de caza, avanzando inclinado y alerta. Ana con el fusil vertical delante de su rostro, lo seguía en la misma posición.

Las ramas espinosas herían el cuerpo de Miller pero no a Ana que era cubierta por el paso del hombre.

Diez minutos más tarde se detenían. Una estrecha franja de árboles los separaba del claro. En él podían adivinar la silueta del helicóptero en el resplandor de un par de focos.

Se adelantaron con infinita precaución y atisbaron atentamente.

Vieron el helicóptero y detrás de él dos pequeños *carriers* todoterreno. Pequeñas tanquetas especiales para marchar por la selva. Cuatro hombres cargaban algo en una de ellas. Debajo de una tienda abierta, sentados alrededor de una mesa de campaña, bebiendo, resguardados de la lluvia, estaba Delaney con los dos funcionarios que ya habían conocido en Santa Clara.

El colombiano parecía nervioso y bebía incesantemente. El brasilero daba órdenes a los cuatro hombres que cargaban la tanqueta.

—¿Qué hacen? —preguntó Ana.

—Quédate aquí y cúbreme.

—Joe…

Miller la besó con fuerza en los labios y se alejó dando un rodeo por entre los árboles.

Iba echado sobre la tierra enlodada, aspirando el olor hediondo de las hojas putrefactas, con la mirada fija en el helicóptero y los movimientos de los hombres. La lluvia lo golpeaba con furia en la espalda y continuamente debía escurrir el agua que le impedía la visión.

Se detuvo y cogió el cuchillo de caza. Lo clavó delante de su rostro y desabotonó los tres primeros botones de su camisa para tener fácil acceso a la culata de su Smith & Wesson.

Estaba a punto de continuar la marcha cuando una sombra delante de él se movió ligeramente. Había pensado que se trataba de un árbol. Vio el arco del cigarrillo al ser arrojado al suelo y comprendió que era un guardia cubierto por un capote negro largo

hasta los pies del hombre.

Estaba armado, podía ver el bulto de la culata contra la tela del capote.

Se puso de pie con infinita lentitud y avanzó hasta situarse detrás del tipo. El ruido de la lluvia le servía de cobertura.

Respiró hondo y cerró el puño derecho.

El guardia no se movía.

Miller calculó la altura de la nuca y lo golpeó secamente con los nudillos en un «seiken», el golpe frontal de karate que impacta con las articulaciones metacarpo-falangianas de los dedos índice y medio.

Inmediatamente después de golpear se abrazó al tipo y lo depositó suavemente sobre el piso. Era un hombre pesado y fuerte, de unos cuarenta años, barba rojiza y nariz aplastada. Iba vestido con ropas adecuadas y armado con una metralleta Uzi. En otras palabras, pertenecía a una organización perfectamente montada, en la que hasta los menores detalles habían sido previstos.

Y Joe Miller no tuvo ninguna duda.

Ocultó el cuerpo en la fronda y avanzó a rastras hacia una de las tanquetas, la que no estaba siendo cargada.

Dentro de ella no había nadie y solo vio algunas armas portátiles.

Era la tanqueta de apoyo. Los cuatro hombres que cargaban la segunda tanqueta debían ser los tripulantes.

Avanzó hacia la segunda tanqueta y se situó muy cerca, entre unos matorrales bajos y compactos.

Un reflector iluminaba el trayecto desde el helicóptero al vehículo procurando no difundir demasiado resplandor.

Cargaban provisiones.

Y algo más.

Unas pequeñas cajas amarillas a las que trataban con infinito cuidado.

No tuvo ya ninguna duda. Se trataba de drogas. Un gigantesco cargamento de drogas. Y su cerebro comprendió rápidamente, uniendo todas las piezas sueltas del rompecabezas. Llevaban droga desde Colombia a distintos puntos del Amazonas amparados por la complicidad de los dos funcionarios y el magnífico pretexto del reaprovisionamiento de la expedición en la balsa. Doscientos mil

dólares para que un par de tipos olvidados hicieran de conejillos de indias no significaban nada cuando allí tenían millones de dólares.

Miller calculó que en cada escala harían otro tanto, dispersando la droga por todo el territorio para llevarla hasta distintos puntos desde los que proseguiría su distribución.

Era un buen plan.

Incluso comprendía el porqué de la presencia de Ana allí, ella era la hija de un importante representante del rafting, serviría para confirmar la legalidad de la expedición.

Sí, era un magnífico plan para entrar la droga desde Colombia.

Se puso de pie y giró sobre sus talones para regresar junto a la muchacha.

—¡Alto ahí!

La voz resonó un segundo antes de que la ráfaga de la ametralladora buscara su cuerpo.

Miller se lanzó de cabeza al suelo y rodó desesperadamente, con el puñal en la mano derecha.

El reflector horadó la jungla en su busca y vio a dos tipos que disparaban sin cesar. Arrojó el puñal al primero de ellos y lo hundió en su pecho.

Continuó rodando cuando escuchó los estampidos característicos del fusil de Ana. El segundo tirador cayó con un aullido de dolor y el tiroteo se generalizó.

Y en ese momento el corazón se detuvo en su pecho porque con absoluta claridad llegó hasta sus oídos el grito de Ana y el fusil dejó de disparar.

La voz de Delaney se oyó con firmeza:

—¡Alto el fuego!

Miller, oculto en la fronda, respiraba con dificultad.

—¡Miller, la muchacha está herida, sal de ahí o la mato! Sabes perfectamente que no bromeo. Hay demasiado dinero en juego.

Miller salió espontáneamente de su escondite y avanzó con las manos en alto.

Los cuatro hombres que habían estado cargando la tanqueta lo apuntaban con sus armas. El funcionario colombiano sostenía a Ana por la cintura mientras Delaney se adelantaba hacia él. El representante brasilero permanecía muy quieto junto al helicóptero.

—Bien, no esperaba tener problemas tan pronto —dijo Delaney

—. Ahora tendremos que matarlos. ¿Por qué tanta estúpida curiosidad? Mi proposición era excelente: una aventura atractiva por el Amazonas, doscientos mil dólares y una nueva vida. Sois unos verdaderos idiotas.

—¿Cómo está la chica? —preguntó Miller.

El colombiano levantó el rostro de Ana por los cabellos y Joe vio la herida en la frente, las hermosas facciones cubiertas de sangre y su maravilloso cuerpo exánime.

—Creo que está muerta —dijo estúpidamente el colombiano—, ha sido alcanzada en la cabeza.

Miller sintió que la cordura desaparecía de su cuerpo y saltó hacia adelante.

Golpeó al primer soldado entre las piernas y le asestó luego un golpe terrible en la garganta con el canto de la mano. Rodó hacia el segundo hombre y le barrió las piernas con una patada lateral. El tipo cayó al suelo y su metralleta se disparó descontroladamente hiriendo al contrabandista que tenía a su lado.

Miller unió sus dos puños y le asestó un golpe de martillo sobre el corazón. Entonces se puso de pie y se enfrentó con el último tipo.

Fue demasiado tarde, el culatazo lo alcanzó en la sien y su furia se licuó en una bruma enrojecida mientras caía al suelo.

No se desmayó del todo y sintió cómo lo levantaban por las axilas y lo acercaban a la orilla del río.

Se sorprendió al ver a Delaney. Era un verdadero bastardo pero todavía conservaba ese aire de hombre franco y confiable que él había detectado en el faro de Laguardia.

Estuvo a punto de echarse a reír, pero entonces recordó a Ana.

Ana había muerto.

—¿Dónde está Gordon?

—Vete al infierno, bastardo.

El colombiano dejó el cuerpo de la muchacha a su lado.

—Los caimanes se ocuparán de vosotros, ya hallaremos a Gordon. No puede ir muy lejos, ¿verdad? —le espetó Delaney sádicamente.

Con un esfuerzo Miller se puso de pie cubierto por las armas del hombre que había quedado vivo, de Delaney y del brasilero.

—Es el final del viaje —dijo Delaney y disparó su pistola.

Miller giró rápidamente y sintió el impacto en el costado

izquierdo.

La fuerza del plomo le arrojó al agua y mientras procuraba mantenerse bajo la superficie del río sintió los proyectiles que lo buscaban barriendo la oscuridad.

Nadó cuanto pudo a favor de la corriente hasta que no pudo más y salió en busca de oxígeno. El reflector lo buscaba en el río.

—Está muerto —dijo Delaney—. Un plomo del 45 a la altura del corazón es suficiente hasta para un hombre como él. En cuanto amanezca iremos en el helicóptero en busca de Gordon.

—Tal vez nos convendría salir ahora —propuso el colombiano visiblemente nervioso.

Delaney pareció considerar la sugerencia.

—Tú y Ramón podéis marcharos en la tanqueta cargada con el material —dijo al brasilero—. Pedro y yo iremos con Erik en el helicóptero en busca de la balsa.

Miller comprendió que Erik era el guardia al que él había golpeado. «Tendría que haberlo matado», pensó furioso.

—¿Qué haremos con los cadáveres? Ese demonio liquidó con sus manos a cuatro de los nuestros.

—Los acomodaremos dentro de la otra tanqueta y la arrojaremos al río.

—¡Eh, venid aquí! —exclamó el brasilero—. La muchacha está viva.

CAPÍTULO VII

Delaney se inclinó sobre Ana.

Miller procuraba oírlo todo por encima del sonido de la lluvia.

—La bala le ha rozado la frente. Solo está desmayada —dijo Delaney y dirigiéndose al colombiano le gritó furioso—: ¡Maldito imbécil, si te hubieses preocupado por verificar que solo estaba herida, Miller no se hubiese vuelto loco!

—No solucionaremos nada perdiendo el tiempo —intervino el brasilero—, hemos de acabar con Gordon.

—Bien, ocupaos vosotros de la chica. Nosotros nos largamos. Volveremos a encontrarnos en el sitio previsto de emergencias. ¿Lo habéis comprendido? —dijo Delaney.

—¿Qué hacemos con ella? —preguntó el brasilero.

Delaney sonrió brutalmente.

—Joao, querido, ¿tú qué crees? —dijo sardónicamente.

Miller comenzó a avanzar hacia ellos asiéndose a los matorrales de la orilla.

Introdujo la mano en busca del revólver y lo extrajo. Le faltaba una de las cachas de marfil. Había volado con el disparo de Delaney, desviando el plomo del 45. Le había salvado la vida.

Delaney, Pedro el colombiano y Erik, el guardia rubio y de nariz achatada treparon al helicóptero armados hasta los dientes.

Un minuto después el rotor comenzaba a girar y Erik, situado tras los mandos, despegaba delicadamente y se alejaban en dirección al centro del río, iluminando la superficie terrosa y la lluvia torrencial con los reflectores gemelos del aparato.

Miller llegó a la orilla del claro y comenzó a trepar sigilosamente en dirección a la tanqueta.

Habían arrastrado a la muchacha hasta ella y la habían abandonado allí mientras introducían los cadáveres de los contrabandistas muertos dentro de la tanqueta ataúd.

Miller llegó hasta donde se hallaba Ana y apartó el cabello pegado con sangre a su rostro.

Ella gimió ligeramente.

Los dos hombres continuaban cargando los cadáveres en la tanqueta a una decena de metros.

Miller buscó a su alrededor. No deseaba dispararles y si podía hallar algo con qué golpearlos rápidamente, sin necesidad de entablar con ellos una lucha cuerpo a cuerpo sería todo más sencillo. Pero no pudo hallar nada.

Apuntó con su revólver a los dos hombres y avanzó hacia ellos.

—Bien, muñecos, todo ha terminado. Un solo movimiento y os reviento las tripas.

Se volvieron como si hubiesen escuchado la voz de un fantasma. En realidad, el aspecto de Miller era el de un fantasma.

—¿Qué va a hacer? —preguntó el brasilero temeroso.

—¿Tú qué crees? —bromeó Miller dando un paso hacia ellos.

Ramón, el contrabandista que lo había golpeado, saltó hacia él.

Era alto y fuerte y parecía decidido a todo.

Miller lo detuvo con un seco golpe en la frente aplicado con toda la fuerza de que fue capaz. Sintió el impacto en su puño izquierdo. El tipo cayó hecho un guiñapo, con las cejas partidas, cubierto de sangre.

—Ven aquí —ordenó al brasilero.

El tipo obedeció temblando.

—Date la vuelta.

Cuando lo hubo hecho, Joe golpeó con la culata del revólver en la nuca.

Luego los ató concienzudamente, los introdujo dentro de la tanqueta junto a los cadáveres y cerró el vehículo.

Cuando llegó junto a la muchacha comprobó que respiraba normalmente. Limpió la herida y permitió que la lluvia fresca la golpeara durante algunos minutos. Cuando abrió los ojos la llevó debajo de la tienda y le dio a beber un trago de *whisky* de la botella que los contrabandistas habían utilizado.

—¿Joe?

—Tranquila, estoy bien. Solo tienes una herida superficial. ¿Cómo te sientes?

—Me duele un poco la cabeza.

—Ya se te pasará, ahora debemos largarnos de aquí. Han ido en busca de Gordon en el helicóptero.

—¿Qué hora es? —preguntó ella.

—Las tres y media de la madrugada, ¿por qué?

—Amanecerá muy temprano.

—Comprendo.

La ayudó a ponerse de pie y la guio hasta la tanqueta cargada con las provisiones y la droga.

—¿Qué te propones? —preguntó Ana.

—Ir en su busca. Contamos con el vehículo ideal, ¿no crees?

La ayudó a introducirse en la tanqueta y antes de trepar recuperó el fusil de Ana.

—Toma —le dijo—, necesitaremos de tu habilidad.

—¿Qué fue lo que ocurrió?

Miller puso la tanqueta en movimiento. El hocico aguzado y poderoso del vehículo todoterreno arremetió contra los débiles árboles que flanqueaban la orilla del río y se abrió camino como un pequeño depredador mecánico.

Los potentes focos hendían la cortina de lluvia que se colaba entre la vegetación. Avanzaron con rapidez.

—¿Qué ocurrió? —preguntó Ana nuevamente.

Y Miller comenzó a relatarle la pelea.

* * *

Gordon se despertó con las primeras luces del amanecer. Había dormido dentro de la balsa, cubierto por la tienda en forma de cúpula. Se dejó caer a tierra y trepó a la silla de ruedas. Se sentó sobre ella y accionó el pequeño motor para desplazarse por la pequeña playa de guijarros hacia el sitio donde la noche anterior había dispuesto el campamento.

Todavía ardían algunos leños a cubierto de la lluvia por una saliente rocosa. Había dejado de llover y un sol mortal se elevaba sobre la jungla anticipando un día de espantoso calor.

El sonido le llegó con mucha claridad. Era el rotor del helicóptero.

Pensó con rapidez. Solo podían haber ocurrido dos cosas. Que todo hubiese sido normal en cuyo caso vendrían a hacerle una visita de cortesía, o que las cosas resultaran peor de lo previsto y entonces lo buscaban para matarlo.

Se negó a pensar en lo que habría podido ocurrir a Miller y a Ana. Se dirigió rápidamente hasta la balsa y se dejó caer de la silla de ruedas para buscar el fusil.

No tuvo tiempo.

Una ráfaga hendió el agua del río, pasó junto a la balsa y se dirigió a él. Gordon rodó desesperadamente hacia el linde de la selva llevando la mano en la funda sobaquera en busca del revólver.

La metralleta de Delaney alcanzó el pequeño depósito de combustible de la silla de ruedas y esta estalló incendiando los arbustos cercanos. Una rápida humareda blanca y densa se elevó al cielo.

Gordon extrajo su Smith & Wesson y aguardó la segunda pasada del helicóptero.

Apuntó cuidadosamente, sosteniendo el arma con ambas manos y dejó que la nave se aproximara. La ráfaga de la ametralladora lo buscó en el linde de la jungla a un par de metros de donde se hallaba.

Gordon apretó las mandíbulas y comenzó a disparar.

Realizó cinco disparos y todos alcanzaron al helicóptero. Sin embargo no había impactado en ningún sitio vital, por lo que se dispuso a sostener un segundo duelo.

Ahora sabían que estaba armado.

Recargó rápidamente su arma y se deslizó por entre el follaje. No podía hacerlo velozmente porque el suelo estaba cubierto de hojas y hierbas y ramas húmedas.

Arrastrándose solo conseguiría que lo mataran. Se arrodilló haciendo un esfuerzo y sujetándose a los troncos de los árboles se puso en pie.

Sintió que las rodillas se le doblaban pero respiró profundamente, maldijo a la especie humana con voz enronquecida por la ira y consiguió sostenerse.

Avanzó el pie derecho y luego el izquierdo, cautelosamente, obligándose a hacerlo con corrección. Consiguió avanzar así una decena de metros mientras el helicóptero pasaba sobre él buscándolo, sin disparar.

Se detuvo fatigado y satisfecho a unos quince metros dentro de la selva y atisbó hacia el claro.

El helicóptero se había detenido sobre la playa y un hombre

saltó sobre la tierra desnuda. Gordon reconoció al funcionario colombiano que los había despedido en Santa Clara.

No se sorprendió en absoluto.

El tipo se inclinó y comenzó a correr hacia la selva, en dirección a él.

Gordon se soltó del árbol en el que se había apoyado y cogió el revólver con ambas manos.

Tenía las piernas abiertas y se sostenía por sí mismo. De haberse encontrado en otra situación hubiese lanzado una carcajada de alegría.

Vio al colombiano entre dos arbustos y disparó dos veces. Sintió un grito de dolor y el hombre desapareció oculto por la floresta.

Continuó apuntando al mismo sitio.

Y entonces lo vio aparecer, dos metros más allá del lugar en que había caído con la ametralladora entre las manos.

El movimiento que realizó Gordon para cambiar la posición de tiro le hizo perder el equilibrio. Sus piernas se doblaron y cayó fulminado contra el árbol.

Aquel accidente le salvó la vida.

La ráfaga hirió la corteza del árbol precisamente en el mismo sitio en que él se hallaba pocos segundos antes.

Desde el suelo, con una sola mano, apoyándose en el codo, disparó todo el cargador.

Vio el cuerpo del colombiano conmovido por los impactos hasta caer fuera de la fronda, retrocediendo herido de muerte sobre la tierra húmeda.

En ese momento el helicóptero se detuvo sobre la playa y Delaney y otro tipo saltaron a tierra.

Estaba acabado.

* * *

Miller vio el humo blanco y aceleró a fondo el motor de la tanqueta. A medida que se acercaban escuchó las ráfagas de las metralletas, el sonido trepidante del rotor del helicóptero y los disparos aislados del revólver de Gordon.

Sin detenerse, arremetiendo brutalmente contra la selva cerrada se dirigió como una exhalación hacia el claro donde su amigo había

pasado la noche.

El rotor del helicóptero, que continuaba funcionando, cubrió el ruido del motor de la tanqueta.

Cuando accedieron a la playa Miller vio que Delaney y Erik avanzaban hacia la selva a unos cuarenta metros.

Aceleró furioso, las orugas se aferraron al suelo pero los neumáticos todoterreno se hundieron en un pozo de lodo. El esfuerzo del motor hizo que Delaney y Erik se volvieran hacia la tanqueta.

Durante un instante los dos contrabandistas se miraron estupefactos y luego se arrojaron a tierra.

El motor de la tanqueta se detuvo con una explosión y Miller no consiguió que volviese a funcionar. Abrió la compuerta y salió al exterior.

La ráfaga de Erik lo obligó a lanzarse sobre la playa, revólver en mano.

Delaney corrió hacia el helicóptero, trepó a él protegido por el fuego de Erik y despegó con rapidez.

Erik se puso en pie y corrió hacia la cuerda que pendía del helicóptero pero Delaney se alejó velozmente, abandonándolo.

Miller apuntó y disparó. El rubio lanzó un grito y la metralleta voló de sus manos.

Miller corrió hacia él, cuando llegó a una decena de metros, Erik se había repuesto y lo aguardaba con un machete en las manos.

Miller avanzó con el Smith & Wesson dispuesto.

—No me cogerás vivo —dijo Erik en un inglés con fuerte acento alemán. Luego saltó sobre Joe.

Joe le arrojó el revólver al rostro, se hizo a un lado y lo pateó brutalmente en el pecho mientras el machetazo silbaba junto a su cuerpo.

Erik cayó hacia adelante y quedó inmóvil.

Miller no necesitó darle la vuelta. La hoja ancha y afilada del machete sobresalía entre sus omóplatos como una ensangrentada lengua de muerte. Había caído sobre su propia arma.

—¡Gordon! —gritó.

—¡Aquí, Joe!

Miller corrió hacia el sitio de donde provenía la voz de su camarada.

—¡El helicóptero! —gritó entonces la muchacha.

Delaney había reconocido la tanqueta con la droga y no estaba dispuesto a largarse sin ella. Además, si los dejaba vivos toda la organización se perderla para siempre.

—¡Dispara, Ana, dispara! —aulló Miller junto al linde de la selva.

La muchacha se llevó el fusil al rostro y apuntó con serenidad.

Durante unos largos segundos todo pareció detenerse y entonces Ana disparó una, dos, tres, cuatro veces y bajó el fusil.

El rotor hizo un ruido extraño y el motor del helicóptero comenzó a toser, perdido el control de los mandos.

Una serie de piruetas enloquecidas precedieron al picado de la nave. En el último instante Delaney se arrojó de la cabina y cayó al agua. Un momento después el helicóptero explotaba violentamente.

Miller corrió hacia el río y se zambulló. Cuando reapareció en la superficie buscó el cuerpo de Delaney y nadó velozmente hacia él. Lo alcanzó en el momento en que volvía a hundirse y cogiéndolo por los cabellos regresó con él a la playa.

Gordon, apoyado en los hombros de Ana, caminó hacia su camarada desde el linde de la jungla.

—¡Gordon —exclamó Joe—, es fantástico!

—Tú continúa con la pesca mientras yo seduzco a tu novia, ¿de acuerdo?

—Está bien, pero eso será después de que te comuniques con Manaos por radio.

* * *

Habían desbaratado una de las mayores organizaciones de estupefacientes que operaba en el área del Amazonas. Delaney y el funcionario brasilero tenían muchas cosas interesantes que referir a la policía, y estaban haciéndolo con locuacidad.

Había una recompensa adicional, estipulada por el gobierno colombiano, para quienes aportaran datos sobre el tráfico de estupefacientes de modo que las arcas de los dos amigos se llenaban de un modo más que interesante.

Brunell viajó a Manaos para declarar y durante toda una semana se ocuparon de armar todo el rompecabezas.

—Bien, finalmente todo ha terminado —dijo Brunell, sin perder su aspecto de aristócrata inglés a medio camino entre la decadencia y el éxito.

—Felizmente —dijo Ana, abrazándose a Miller.

—Os debo una disculpa —dijo Brunell.

—En absoluto —gruñó Gordon—, no resisto las escenas emotivas. Soy un exlisiado de corazón duro.

—Todavía tendréis problemas con la competencia —dijo Brunell.

—¿Realmente crees que atentarán contra nosotros?

—No, no lo creo —rio Brunell—, fue idea de Delaney. Sin embargo, si es cierto que de la publicidad de esta expedición dependen unos contratos muy jugosos de venta de balsas.

—Ya hemos pensado en eso, Brunell —dijo Gordon.

—Así es, todavía no nos hemos ganado los doscientos mil dólares —agregó Miller.

—Ese dinero ya es vuestro —dijo Brunell estupefacto.

—No es nuestro estilo dejar las cosas inacabadas, Mark. Tenemos una cita en el delta del Amazonas y vamos a cumplir con ella.

—¿Queréis decir que…?

—Exactamente eso, papá —rio Ana—. Continuaremos el viaje desde el punto en que lo hemos abandonado.

—Pero… ¿por qué?

—Nos gusta la aventura —dijo Miller— y esperamos que tú estés al final de la expedición para recibirnos, Mark. Serás mi suegro, ¿no te sientes encantado?

—Pobre Mark —dijo Gordon, pasando un brazo sobre los hombros de Brunell—, es ahora cuando comenzarán tus verdaderos padecimientos.

Miller besó profusamente a Ana.

Ella se separó de él y rio exquisitamente:

—La respuesta es sí —dijo antes de volver a quedar atrapada entre los labios del hombre.

FIN

COLECCION

DOBLE JUEGO

El deporte es

IDEALISMO Y NOBLEZA

pero también

SANGRE Y CORRUPCION

Todo esto lo encontrará en

DOBLE JUEGO

¡¡UNICA EN SU GENERO!!



ISBN 84-7518-048-5



EDICIONES CERES, S.A.
Apartado de Correos, 9.142
Barcelona
Precio en España 60 ptas.

Impreso en España